

ARMAS Y LETRAS

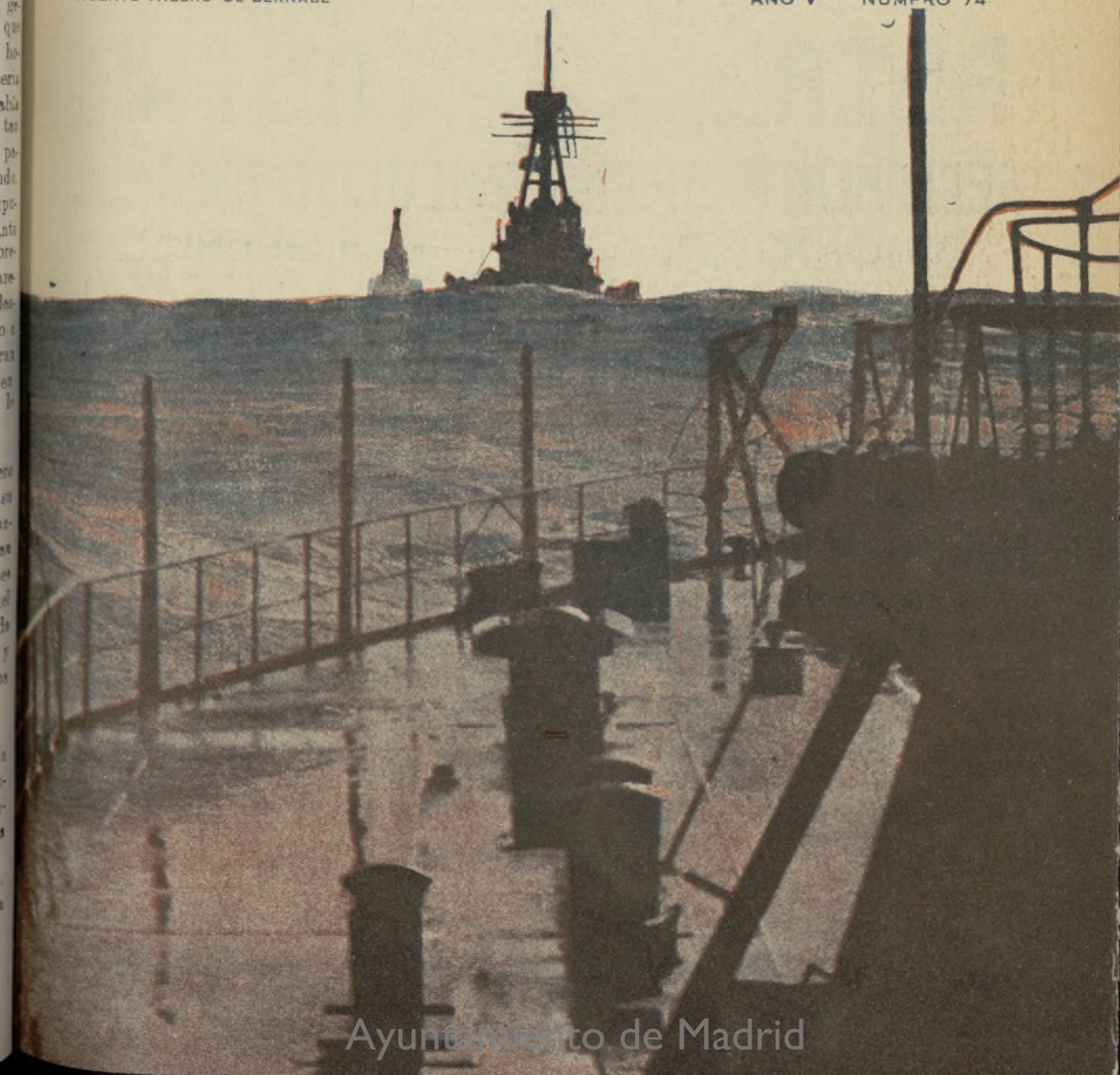
ARTE · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TE · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

DIRECTOR PROPIETARIO

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

29 DE FEBRERO DE 1924

AÑO V NÚMERO 74



Ayuntamiento de Madrid

PISTOLA NACIONAL



REGLAMENTARIA-EN-EL-EJÉRCITO-ESPAÑOL

FABRICANTES:

ESPERANZA Y UNCETA. { GUERNICA (VIZCAYA)

DELEGACIÓN GENERAL A.V.D. BERNABÉ
MAYOR 86 MADRID

Unica reglamentaria en el Ejército

Unica reglamentaria en la Marina de Guerra

Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros, en el
Cuerpo de Prisiones y para los Jefes y Oficiales
de la Guardia civil

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de

ARMAS Y LETRAS

Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTOGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estandartes a 25 ptas. *Novedad fotográfica*,
33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartas, cintas, esmaltes 5 pesetas

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas
Colegiata, 5, cuarto núm. 1.—MADRID

Admón. de Loterías núm. 16.—P. de Santa Cruz, 2
Su administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultramar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan acompañados de su importe

R. FERNÁNDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases
Teléfono, M. 415.—FUENTES, 7.—MADRID

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del monte. *Plaza de Santa Cruz, 7 (Platería)*

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono, 24-85 M

Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas, accesorios de toda clase. Cintas, papel carbón, tampones y efectos de escritorio. Se hacen abonos para Madrid y provincias. Presupuestos gratis

El Arca de Noé ALMACEN DE PAPEL OBJETOS DE ESCRITORIO

Libros Rayados - Stilográficas Garantizadas - Papel de Hilo y Algodón

SOBRES DE TODAS CLASES Casa Especializada en Sumi- VENTAS POR MAYOR
— Y TAMAÑOS — nistro de Oficinas — Y DETALL —

CORREDERA BAJA, NUM. 39 Precios muy económicos — SUCURSAL —
— TELÉFONO, 44-79 M — CALLE DEL PEZ, NUM. 2

Al militar que viaja le conviene saber que en Madrid existe la **Pensión Castillo**
Vergara, 6, principal :: :: (Sucursal: Pasadizo de San Ginés, 6)
PENSION DESDE 8 PESETAS :: COCINA ESMERADA :: CUARTO DE BAÑO
CASA ESPECIAL PARA MILITARES



SASTRERIA
MILITAR PASANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

ESTABLECIMIENTO DE
JORDANA
Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.038
Especialidad en artículos para regalos
con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BAN-
DERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHA-
RRETERAS, DRAGONAS Y HOMBREERAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES,
CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—
SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BOR-
DADOS.— BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ES-
TRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES
Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOL-
NES, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando Altolaguirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor, Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído, nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las **FAJAS DE JUSTO**. Probarlas es adoptarlas. Carmén, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las untas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

un buen jinete
hace un buen
Caballo
*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata

PIRELLA

!! TODO NUEVO Y TODO DE OCASIÓN !!

SI QUIERE V. COMPRAR O VENDER Alhajas, Relojes, Máquinas de escribir, fotográficas, Pianos, Pianolas, Gramófonos, Bicicletas, Objetos de arte y fantasía y cualquier clase de artículos, VISITE TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS Y ACUDA POR FIN A LA

CASA ORIA Y GALINDEZ

Calle del Clavel, 8

MADRID

Teléfono 19-31 M

SE CONVENCERA de las VENTAJAS QUE SU LARGA EXPERIENCIA en el NEGOCIO pueden PROPORCIONARLE

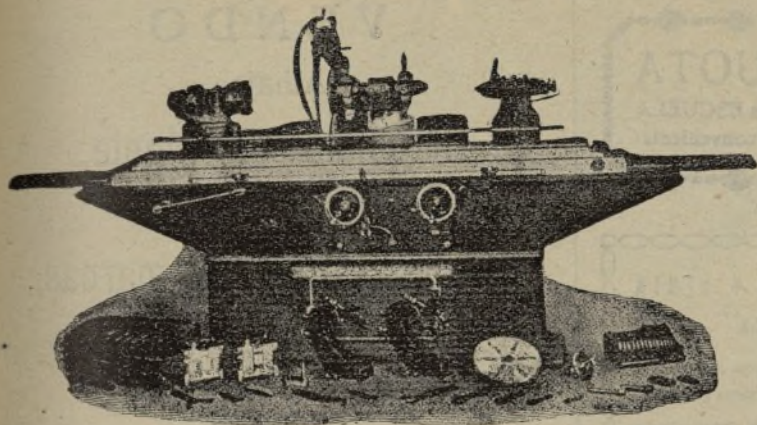
Maquinaria y Herramientas

S. A. M. FENWICK

— Consejo de Ciento, 421 —

BARCELONA —

Instalaciones completas para talleres de construcción y reparación y fundiciones de hierro y acero.



Rectificadora "BROWN & SHARPE"

Maquinaria especial para toda clase de trabajos del hierro.

Compresores y herramientas neumáticas.

Aparatos eléctricos de taladrar.

Aparatos de rectificar, eléctricos, aplicables a torno.

Maquinaria de trefilería y trabajo del alambre.

Máquinas de roscar en roscas de madera —:— Aparejos de elevación «YALE»

GRANDES EXISTENCIAS EN NUESTROS ALMACENES

ESTUDIOS Y PRESUPUESTOS GRATIS

PÍDASE EL CATÁLOGO DE HERRAMENTAL

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL

(CASA DEL VALENCIANO)

RIBERA DE CURTIDORES, 18 — MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército.

— SE PAGAN —

Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España

ALTOS PRECIOS

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,

CEPILLERÍA, ESPONJAS

y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. — Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIÑO

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Planos, Planolas, Bicycletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS Y VENTAS

LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 — TELÉFONO 797 — MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías.)

BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos génito-urina-rios.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acadé-
mia para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch-Zeiss-Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Má-
quinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila y
mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos
del Ejército. * * * Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. - MADRID

Zal-
leres: Zutor 1. y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor

HORTALEZA, 9

TELEFONO, 53-51

ARTICULOS DE OCASION

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Ti-
rantes, Fiadores, Charrete-
ras, Dragonas, Hombreras,
Fajines, Fajas, Forrajeras,
Galones, Soutaches, Cordo-
nes de ayudante, para me-
dallas, bastón, Espadas, Es-
padines, Sables y Condeco-
raciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas,
Plumeros, Gorras, Gorros,
Roses, Entorchados, Boto-
nes, Emblemas, Números,
Estrellas, Bordados, Cintas
Rosetas, Lazos, Canutillos,
Lentejuelas y Materiales
para bordar



El "Pianola"-Piano

es el único instrumento autopianístico que ha merecido los elogios de

TODOS LOS GRANDES MUSICOS CONTEMPORANEOS

EL "PIANOLA"-PIANO

es el adoptado por el Vaticano, SS. MM. los Reyes de España, de Inglaterra, de Italia,
de Bélgica, de Suecia..... y por las más prestigiosas

INSTITUCIONES MUSICALES DE TODOS LOS PAISES

y es, a la vez, el de mayor garantía y el más barato

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

THE ÆOLIAN COMPANY

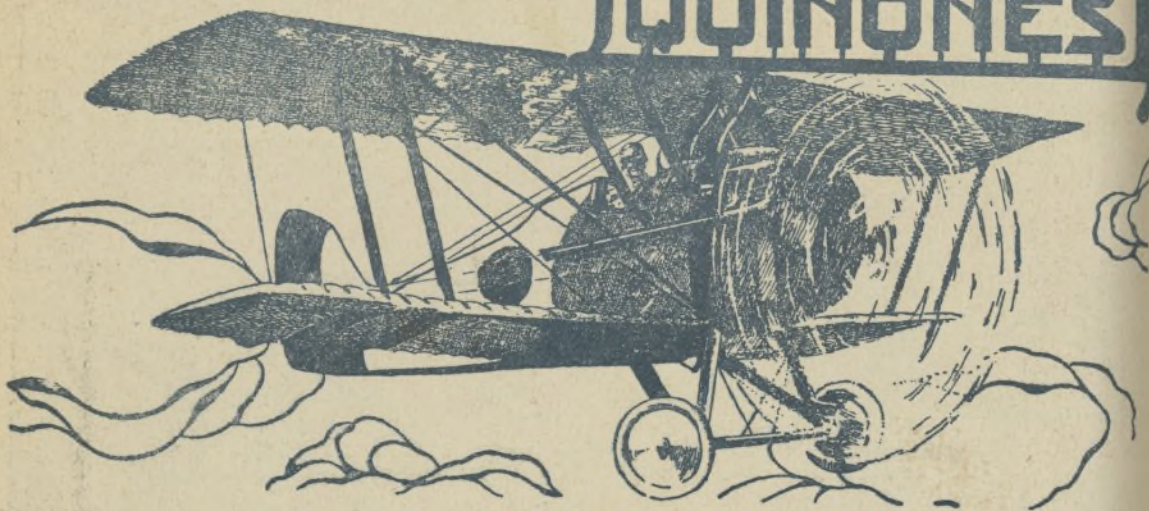
S. A. E.

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 24

MADRID

Ayuntamiento de Madrid

[SANTIAGO SANCHEZ QUINONES]



ACCESORIOS

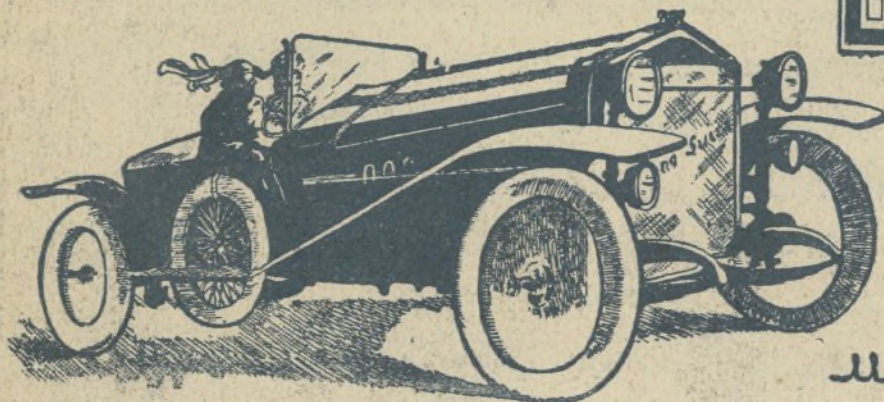
para Automóviles, Globos y Aeroplanos

PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA :

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de
acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Colinetes de bolas.—Hélices.
Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos
para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Châlon



DIALOGOS MILITARES CARTAS ENTRE JUAN Y PEDRO

Aluego dirás, amigo Perico, que si yo quiero dar postín a las cosas y que si soy cazurro y... ¡redíela! si eres tú el qu'hace tóo eso: ¿te afufas porque ti he preguntao por aquellos expedientes? tú sabrás por qué; a mí, chufle; yo te lo icía, por lo que icen otros, que si no está bien eso, que si cuando llueve ha de ser pa tóos y no sé qué más: me callaré, puesto que no me has de contestar, pero, conste, que no son lios ni alparcerías ¿me comprendes?

Me gusta eso de los somatenes, mira, está mui bien pensao: ascucha y si tuvíamos una guerra formal, ¿iríais los paisanucos armaos? porque las cosas, u no hacelas u que sean completas ¿no? guardame un puesto pa cuando vaya: ya que pasamos aquí juntos las morás, a ver si ahí pasamos las dorás ¿eh?

De cosas d'aquí, la más gorda, es eso de que otra vez haigan venío los quintos dende el pueblo aquí. ¿No habíamos queao ¡reconcho! en que no vendrían a estas tierras, novatuelos que están más de seis meses atontolinaos y no sirven pa na?

Me paece a mí que no pensais y no haceis numeros: si se van diez licenciaos, pongo por supuesto y vienen otros tantos quintorros, pué que te creas que queda tóo igual; pues no señor: es como si s'hubieran marchao veinte; verás tu si los mojametes echan la misma cuenta...

Ice el capitán, cuando habla de cosas con el médico y el pater, que hasta cuándo va a durar lo de que a un tiempo se vayan los cumplidos y vengan los quintos y, no me paece a mí qu'está mal discurrío: total, una vez que estarán unos tres u cuatro meses más, pero asín, siempre seríamos los mismos.

T'advierto que no se me ocurre eso por que sí: en este campamento no ha pasao náa; pero, allá alante, cuasi tóos los días se meten con los convoyes y anteayer, tuvión que salir los de una posición, mientras los cañones se liaban con unos cuantos que querían arrempujar y ¿sabes lo que dijeron los de los aroplanos? pues que hacen obras parejo que las que nosotros tenemos en los campamentos, con trincheras y hasta blokauses.

Verás tú si algun día nos encontramos con que el de la Krin, que aprendió en España a hacer numeros, s'ha dao cuenta de que si quitas un ladrillo y pones otro que no está cocío, ni aun seco, es como si quitaras dos.

Güeno; de tóo esto que yo te igo a tú, en confianza, pué que diga algo el alto Comisario a quien debe icírselo, pues pa eso ha ido: pa eso y pa otras cosas;

no vayas a creer que se pué estar aquí, mucho tiempo, sin saber lo que ahí pensais: porque, a lo mejor, us salís con que hicimos mal y si hubieramos preguntao, no habría pasao y tóos esos infundios que suelen icirse cuando a uno no le sale bien una cosa y tié a mano un amigo u dos, pa echales la culpa.

El quinto que m'han dao, se llama como tú y pa no confundiros l'hi ponío Perete, pero el condenao, te se parece en lo tozudo, pues, por más que lo llamo trenta u cuarenta veces al día, denguna m'hace caso hasta que le digo Pedro; tié gracia ¿verdad? me voy a divertir con lo que tengo que enseñale.

L'otro día, se m'ocurrió encargale que encendiera la lumbre mientras iba yo aonde el furriel a por la menestra y ¿qué dirás qu'hizo? echar toa la leña de golpe y porrazo, armar una fogarata y sentase a dase un calentón: cuando golví y vi el estrupicio, no le di un empentón de esos recios, porque... no va y me ice el morral que lo había hecho pa que me calentara cuando volviera; si no me conoce en la cara lo qu'iba a hacer y echa a correr, le pongo una paellera de sombrero pa que no le dé el sol.

Gracias a que el Capitán, es güena persona y me tié ley: si no, tú dirás de dónde saco yo leña p'arreglar el contubernio de tu tocayo: ¿crees tú qu'eso lo hace uno que lleve un año de servicio? a más, si lo hace, como sería mala intención, le pués dar una manguzá, tan y mientras que si ahora, se la doy a Perete, pos sería como si se la diese a naide. ¿Se me comprende u no?

A lo mejor crerás que si paro d'escribir, es porque no tengo náa que contate: pues sí señor que tengo, pero te iciré lo que tú icías en la tuya última ¿que concho te importa a tú lo que podría yo icite? ¿te habías creío que soy tonto? pues has marrao y que lo sea u que no, más mejor amigo no tiés que Juanico...

Querido amigo Juanico: me hiciste pasar un mal rato, güeno, con tóo aquello que icías que te pasa con el vapor que sus lleva y sus trae las cartas: por las mañanas, cuando salgo al campo mui temprano, me ricuerdo mucho, lo que a esas horas miraba al mar, como ices que miras tú y agora, pos es como si os mandara por el telefono un ricuerdo: no s'olvidan tan pronto ciertas cosas, no.

Si viás que mayo está el campo: con tanto caer agua y aluego el sol de Febrero, que ya sabes huye de él el perro, s'ha ponío tóo que dá gusto y como agora llevamos dos días que nieva la mar, no quió

icirte el cosechazo que vamos a tener: a lo mejor, no habrá bastantes paneras pá guardar el trigo.

Si lees en los papeles qu'han subió el pan en los Madriles, no te vayas a creer que yo t'he engañao: cavila una miajica y comprenderás, tu, que a veces no eres tonto, que si se coge mas trigo, habrá que gastar mas jornales en la siega, y en la trilla y en el acarreo ¿no?

A más, que pué pasar, como icen que les pasa a los naranjeros, que han tenío tantas, qu'escomenzaron a mandar afuera y les han tenío que icir que no manden tantas ¡güenos nos vamos a poner este año de comer naranjas! no seas malicioso y no vayas a creer que por que haiga muchas, las van a poner más caras ¡mía qu'eres escamon!

Y digo yo una cosa que pué que sea una tontería ¿está bien eso de que lo que tengamos se lo envien a los extranjeros y nosotros, no nos podamos atracar? güeno es que si hay, demos a tóos, pero con tiento ¡rediez! que no tié denguna gracia sacar cosas güenas de la tierra y no probalas u tenerlas que pagar, como si vinieran de fuera: tu que a lo mejor, eres mú despabilao ¿crees qu'está bien eso?

Oye: a propósito de tu espabiladura ¿que quíes icir con tóo eso que ices en tu carta de ese pueblo que llaman Tanger? ¡t'acuerdas d'aquel baturro que le icía a su mujer —ahí, sentadica, que bien se discurre—? eso te merecías que te dijera yo agora.

Tié gracia que os querais meter en tóo: asina estamos como semos ¿por que s'incomoda el tiniente Bailez? por supuesto; ese es de los que paece que s'incomoda, pero no hay que creelo; si se incomodara, no vería las cosas tan bien como las ve: ya sabe él que en eso que hace como que si le supiera malo, se pué hacer mucho y mas mejor, pero tamién sabe, por qué no lo hacen, como tu y como yo: ¡no seais canelos! si tóos sabemos que... güeno, mira, me vas a hacer el favor, pagandote lo que sea, de no moler con pregunticas de tres u cuatro colores ¿eh? si no entiendes lo que pasa y lo que debía pasar y por que no es esto y aquello, sí; pos t'aguantas qu'otros entienden menos y, tan campantes que están.

La otra noche le oí al cabo de la guardia civil, en el Casino, que el Diretorio, está trabajando p'arreglar tóo lo del reclutamiento y que van a poner muchas cosas nuevas y güenas: ice que taparán tóos los agujeros que agora hay pá que se colen por ellos, sin ir al servicio, muchos vivos y pá qu'otros no hagan como que vienen y se vayan.

El meico, icia, que el ha oio que toas esas zarandajas de inútiles y cortos de talla, van a ser muy poquicas las que queden, si queda alguna, y que el nal y una porción de cosas: ¡tamién hemos tenío mala suerte, con no coger náa de eso! porque tu, servicio durará dos años y tendreis perricas de jorja, a poco que tarden, no las pescas.

¡Ya trebajan esos generales, ya! ¿te paece a tu que desocupar una casa grande, barrera y darle cal y aluego golver a poner las cosas en su sitio, s'hace jugando al mus? ¡ca, hombre! proba tu, a quitar una piedruca de un campo aonde estorbe; verás como dimpués, no sabes en que puesto ponerla, por miedo a que, en el que la coloques, estorbe más qu'antes.

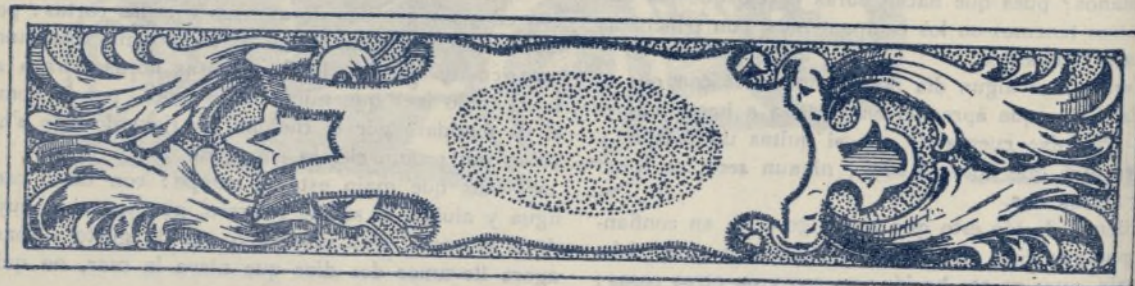
No sé yo como andarán cuando escomiencen a poner los muebles qu'icen van a poner: ¡tié tantos peligros el morel ñoda que se llama de que todos los tienda muy pintadicos y majos; te los llevas a casa y abres un cajón y ya no lo pues cerrar y, a luego, te pasa lo mesmo con una puerta, y una mesa, te se llena de grietas y una silla, al sentate, ves que tié una pata mas larga qu'otra... ¡que hay qu'andar con mucho cuidao!... ¡vaya!

Los que antes mangoneaban, te icen que los nuevos, no se pué saber lo que serán: los que quien mangonear, chillan que ellos, por lo menos, no han sío malos y no sabes a quien dar la razon: el maestro, que es mú leío, ice que tóo consiste en el chachiporrazo: pones a cualquiera ¿que lo hace bien? alante: ¿que lo hacel mal? enseguidica, abajo del carro y la cachiporra que hable: no creas, que, manque, asin, de golpe, paezca una teocracia, hiciendolo bien, no saldria mal, no.

Hace tres u cuatro noches, icía en el casino, a muchos que le escuchabamos:

—No le deis güeltas; con media docena de refranes de los que hicieron nuestros tatarabuelos y la cachiporra, está tóo arreglao en menos tiempo que crecen los rábanos... ¿que cualos son? voy a icilos: —si s'apieta mucho, se quiebra la cuerda—Matrimonio y señorío, no quien juerza ni brío—Aonde hubo fuego, cenizas quean—El que no mira alante, atrás se quea—Es más mejor, ir al amor del agua que contra la corriente.

¿Que te paece? a lo mejor, tié razón ¿verdad? ya me lo dirás: tan y mientras, tu amigo que lo es — Pedro —



LA TRUCHA

Por

—A. Cheuret—



—¡ Escolástica !

—Señor.

—Mucho ojo con la trucha... Sobre todo, con la media salsa: vino blanco, perejil, tomillo, laurel, ajo y cebolla en abundancia...

—Descuide: pondré todas las hierbas de San Juan.

—Sobre todo, nada de vinagre; un poquito de limón solamente... Que la mesa esté preparada a las diez y media y el almuerzo listo para las once en punto. Para las once en punto, ¿eh? No para las once y cinco.

Después de haber dado con voz contundente estas órdenes a su cocinera, el señor Sourdat, juez de instrucción en el tribunal de Marville, atravesó la plaza con paso ligero, metódicamente ajustado, y entró en el Palacio de Justicia, situado detrás de la Subprefectura.

El señor Sourdat era un célibe de cuarenta y cinco años, muy gil aún, a pesar de que empezaba a echar viente. Cuadrado de hombros, rechoncho, de voz hiyiente; cabeza redonda y rasurada; ojos grises, claros y duros, que lucían bajo unas tupidas pestañas; boca muy rasgada, de labios delgados y coléricos; mejillas secas, enmarcadas por unas patillas... En fin, una de esas caras de perro dogo de las que se dice. «No debe de ser bueno a todas horas.»

Efectivamente, el señor Sourdat no era nada amable, y aun se envanecía de no serlo. Déspota, atrabillario, maltrataba a todo el mundo en el Palacio de Justicia. Duro como una roca con los acusados, hosco con los testigos, agresivo con los procuradores..., un erizo, en fin. Se le temía como al fuego y no se le quería mucho...

Sin embargo, este hombre de hierro tenía dos puntos débiles en su coraza: el primero, el de responder al nombre pastoril de Nemoroso, y el segundo, el de ser un «gourmand» capaz de dejar en mantillas a Brillat-Savarín. Su gastrolatría refinada llegaba a tocar en la manía. En aquella pequeña ciudad dormida en las lindes de los Ardennes belgas, donde los placeres gastronómicos constituían la única distracción de la gente acomodada, las exigencias culinarias del juez eran conocidas en diez leguas a la redonda.

—De pescado—decía la gente—no come más que lo que se pesca al apuntar el alba, porque el reposo nocturno y la carencia de emociones prestan gran exquisitez a la carne del animal. El fué quien descubrió lo de zambullir primero los cangrejos en un baño de leche hirviendo, antes de someterlos a la

cocción ordinaria. Esto, según él, les proporcionaba una especial blandura y un sabor delicioso.

Cuando comunicó este refinamiento al párroco de San Víctor, el digno eclesiástico, que también era esclavo de su paladar, no pudo por menos que ruborizarse, elevando al cielo sus manos regordetas.

—¡ Demasiado !... ¡ Eso es ya demasiado, señor Sourdat ! Saborear con discreción los manjares exquisitos, bueno. Pero semejante sensualidad es ya casi un pecado mortal, del que tendrá usted que dar cuenta a Dios.

A los piadosos escrúpulos del párroco, el juez respondía con una sonrisa mefistofélica. Uno de sus goces malignos era el de inducir a su venerable convecino a la tentación, y precisamente aquella mañana le esperaba a almorzar en compañía del escribano.

La víspera había recibido una trucha del río Semois: trucha asalmonada, de dos libras, pescada en agua limpia y rocosa. Era su pescado favorito y la condimentación de aquel bocado exquisito le había ocupado las primeras horas de la mañana. Pensaba en la condimentación de la trucha, después de haberse puesto la toga y mientras hojeaba el legajo de un crimen reciente cuya instrucción acababa de comenzar.

Era un terrible asunto criminal que trafa emocionada a la curia y cuyos detalles dramáticos contrastaban singularmente con las glotonas preocupaciones que atravesaban el cerebro del señor Sourdat.

La semana anterior, durante una poda en el bosque, a la hora del alba, encontraron el cuerpo de un guardabosque que yacía tendido, sin vida, entre las malezas de una zanja. Se supuso que el crimen se debería a algún cazador furtivo sorprendido en flagrante delito; pero hasta la fecha no había ningún indicio claro, y los testigos que acudieron a declarar no hicieron sino enredar más el asunto. El homicidio se había consumado en un lindero del bosque, en donde estaban instaladas unas carboneras, y este detalle despertaba las sospechas del juez. De las declaraciones sólo pudo sacarse en limpio que precisamente aquella noche los carboneros estuvieron ausentes, y que los hornos habían quedado al cuidado de la hija del maestro. Sin embargo, el señor Sourdat había dado orden de buscar a uno de los obreros, un mocetón de unos veinticinco años que anteriormente había tenido cuestiones con el guarda asesinado. Además, había citado a la hija del carbonero para que compareciera ante él, y aquí precisamente

es donde las cosas empezaron a ponerse turbias: la niña no compareció; nadie sabía dónde se hallaba. El juez acababa de enviar a los gendarmes en su busca y esperaba el resultado de las indagaciones. A eso de las diez, la puerta del gabinete se abrió, enmarcando el tricorno y los correaes amarillos del cabo de gendarmes.

—¿Qué hay?—gruñó, impaciente, el señor Sourdat.

—Nada, señor juez; ni rastro. Estamos registrando el bosque desde el amanecer... La muchacha ha desaparecido; tanto, que los carboneros no saben nada de ella y están con cuidado.

—Comedia pura—gritó el señor Sourdat desesperado—. Esa gente se burla de usted... Es necesario prenderlos a todos... Es usted un torpe... ¡Quítese de mi vista!

El juez consultó su reloj: las diez y cuarto. El trabajo no le había resultado conforme al deseo, y quería echar la suprema ojeada al comedor antes de la llegada de los convidados. Se quitó, pues, la toga y volvió a su casa.

El comedor, claro, alumbrado por un rayo de sol de junio, tenía un aspecto hospitalario y agradable, con su maderamen blanco, sus cortinas grises de dril, su gran estufa de loza azul y mármol y su mesa redonda cubierta con un mantel deslumbrante, sobre el que había tres cubiertos artísticamente colocados. Los tiernos y menudos panes descansaban muellemente sobre unas servilletas listadas de rojo. El vino rosado de Inor brillaba en las garrafas. Flanqueada a la derecha por una ensalada de lechuga adornada con capuchinas y borrajas, y a la izquierda por una pirámide de cangrejos del Meuse, la trucha se pavoneaba en una larga fuente enguirnaldada de perejil. Su vientre plateado mostraba delicadas pintitas rojizas; su lomo azulino y agrietado dejaba entrever la carne asalmonada. Tenía una rosa en la boca puntiaguda. Al lado, en una salsera, la media salsa se cuajaba a modo de gelatina. El conjunto exhalaba un fino perfume a hinojo que alegraba el olfato.

Este espectáculo endulzaba el malhumor del juez. Colocaba una polvorienta botella de viejo Corton en el plateado pozal, cuando la puerta del piso se abrió violentamente y se oyó en el corredor una voz femenina que gritaba:

—¡Le digo a usted que quiero hablar con el juez y que él me espera!

Al mismo tiempo, un brazo medio desnudo hizo piruetear al escribano Toucheboeuf, que obstruía la puerta de entrada, y una extraña visitante irrumpió en el comedor.

Era una muchacha muy joven, casi una adolescente, delgada, curtida, con la cabeza desnuda y los cabellos sueltos. Sus pies, sin medias, se perdían en unos pesados zapatonos masculinos; una chambrá gris y unas enaguas de indiana se deshilachaban sobre sus miembros escuálidos y su pecho de niña. El calor y la carrera habían iluminado sus mejillas; sus ojos leonados brillaban bajo los cabellos castaños, que

caían en revueltos mechones; su nariz dilatada y su boca entreabierta palpitaban.

—¿Qué significa ese escándalo?—gruñó el juez frunciendo el ceño.

—Es la hija del carbonero—respondió el escribano—, que ha llegado a la oficina cuando usted acababa de salir, y ha venido siguiéndome, empeñada en que oiga usted su declaración.

—¡Ah!—gruñó el juez—. ¿De modo que viene usted ahora con prisas, cuando hemos estado tres días esperándola? ¿Por qué no ha acudido antes a mi citación?

—Por varios motivos—dijo ella lanzando una mirada de pájaro salvaje sobre la mesa preparada y sobre aquellos dos hombres.

—Vamos a saber cuáles son esos motivos—repitió el juez furioso—, y a ver si te cuestan caros. Y miró el reloj.

—Las once menos cuarto... Tenemos tiempo... Toucheboeuf, aquí al lado encontrará usted lo necesario para escribir... Vamos a interrogarla...

El escribano se había instalado en un rincón de la mesa, y con sus papeles, su escritorio y la pluma en la oreja, esperaba. El juez, retrepado en un sillón de mimbre, clavaba sus pupilas claras y duras sobre la muchacha, que se mantenía en pie junto a la estufa.

—¿Su nombre?—interrogó el juez con voz metálica.

—Melina Sacael.

—¿Su edad y su domicilio?

—Diez y seis años. Vivo con mi padre, que cuece carbón en la corta de las Once Fuentes.

—¿Jura usted decir verdad?

—No he venido más que a eso.

—Levante la mano... Bien... Usted estaba en la corta la noche del dos al tres, cerca del lugar donde fué asesinado el guarda Seurrot... Cuente todo lo que sepa...

—Ahí va todo lo que sé... Los obreros se habían marchado para llevar carbón a Stenay, y yo velaba alrededor de los hornos. A eso de las dos de la madrugada, cuando la luna comenzaba a declinar, Manchín, que es podador de bosques en Iré, pasó por delante de mi choza... —Sí que se levanta usted temprano—le dije—. ¿Y en su casa? ¿Se encuentran todos bien? —No—me respondió—; la mujer tiene fiebre, los niños se mueren de hambre; no hay ni un trozo de pan en casa, y voy a ver si mato una liebre para venderla mañana en Marveille.—Y en seguida se marchó por el lado de las Once Fuentes. Le perdí de vista; pero cuando ya empezaba a amanecer, como el aire había refrescado, levanté los enrejados para abrigar el carbón. Entonces oí un disparo, e inmediatamente, una carrera frenética hacia mi choza. Eran dos que disputaban: —¡Voy a dar parte—gritaba el guarda.—Déjame la liebre al menos. En casa se mueren de hambre—decía el otro.—¡Vete al día-

blo!... Se lanzaron uno sobre otro. Los golpes, en el silencio de la noche, sonaban bárbaramente... El guarda dió un grito: —¡Ah!—, y cayó. Yo estaba encogida y muerta de miedo en un rincón de la choza. Mientras, Manchín huía por el bosque. A estas horas estará ya en Bélgica. Y eso es todo lo que sé...

—¡Hum!—murmuró el juez—. ¿Por qué no ha venido usted a decir todo eso al Tribunal cuando recibió la citación?

—Porque no era cosa mía. Y además, yo no quería denunciar a Manchín.

—Ah, ¿sí? Y por lo que se ve, esta mañana ha cambiado usted de opinión.

—Es que me he enterado de que acusaban a Gustin.

—¿Qué Gustin?

La muchacha se puso muy encarnada y murmuró:

—Es un compañero... Un chico incapaz de hacerle daño a una mosca... Mire usted—añadió con salvaje vehemencia—: al saber que querían culparle por lo que ha hecho el otro, me dió un vuelco el corazón. En seguida he echado a correr... He echado a correr a través del bosque, a correr, a correr... No he sentido la menor fatiga... Y hubiera seguido corriendo hasta mañana si hubiera sido necesario, porque, ¡tan cierto como que Dios está en el cielo!, Gustin es inocente de todo, caballeros; lo juraría con la mano puesta en el fuego...

Hablaba con una animación que la volvía verdaderamente hermosa, a pesar de sus harapos. Su ruda elocuencia tenía un profundo acento de sinceridad. Hasta el terrible juez se sintió conmovido por aquel afán exaltado con que la muchacha defendía al Gustin.

—¿Qué es eso?—gritó de pronto, viéndola cambiar de color y tambalearse—. ¿Qué tiene usted?

La muchacha empalidecía; un sudor frío bañaba sus sienes.

—Se me va la cabeza... No puedo más—balbució. El juez, asustado, le dió un vaso de vino.

—Bébase esto.

El viejo solterón dejaba entrever, junto a la estupefacción, una gran contrariedad ante aquella muchacha que amenazaba ponerse enferma. Ni siquiera le pasó por las mientes la idea de molestar a Escolástica, que andaba atareada en la cocina. Muy azorado, interrogó con la mirada al escribano, que mordisqueaba la pluma.

—Es un desfallecimiento—observó este último—. Quizá necesite comer.

—¿Tiene usted hambre?—interrogó el juez.

Ella dijo que sí con la cabeza.

—Perdónenme—dijo con voz débil—: no he comido nada desde ayer... Eso será lo que me habrá mareado.

El señor Sourdats se estremeció. Por primera vez desde hacía muchos años sintió que se le ablandaban sus entrañas de viejo solterón. Pensó que aquella frágil muchachita había andado tres leguas para librar a su camarada de las garras de la justicia...; tres



leguas a pleno sol y en ayunas... Aquello removi6 sus fibras más sensibles. Aturdido, lanzó una mirada de desesperación a la mesa apetitosa... ¿La ensalada? ¿Los cangrejos?... ¡Qué demonio!... Heroicamente, valientemente, alcanzó la fuente donde se pavoneaba la trucha, cortó un buen trozo, lo depositó en un plato frente a la carbonera asombrada, la obligó a sentarse, y le dijo imperiosamente:

—¡Coma usted!...

No hubo necesidad de repetírselo. La muchacha comió voraz, rudamente. En breves instantes el plato quedó vacío, y el señor Sourdats, heroico hasta el fin, lo llenó de nuevo.

El escribano Toucheboeuf tenía los ojos desmesuradamente abiertos. No conocía al juez. Admiraba, no sin atisbos de contrariedad, el formidable apetito de aquella carbonera, que devoraba la exquisita trucha con la misma ceremonia que si se tratase de un arenque salado, y murmuró para sus adentros:

—Y, sin embargo, es lástima. ¡Un bocado tan escogido!...

En este momento se abrió la puerta, y el tercer convidado, el señor cura de San Víctor, con su sotana nueva y con su bonete debajo del brazo, entró en el comedor y se detuvo confuso ante aquel extraño espectáculo de una carbonera sentada a la mesa del juez.

—¡Llega usted tarde, señor cura!—dijo el señor Sourdats—. Ya no queda trucha.

Y seguidamente le contó la historia de la carbonera.

El cura suspiró. Comprendía la grandeza del sacrificio. Después, mitad emocionado, mitad sonriente, golpeó el hombro del señor juez, diciéndole:

—Caballero Nemoroso Sourdats: vale usted mucho más de lo que se figura. En verdad le digo que todos sus pecados de glotonería le serán perdonados a cambio de esa trucha que no nos hemos comido.

La Modelo



Era Fernando Rosales el pintor de moda.

A precios fabulosos cotizábanse sus cuadros en el mercado. Las más aristocráticas damas visitaban su estudio, disputándose el lujo de ser retratadas por él, y su nombre, en cuestiones de arte, pronunciábanlo todos con respeto.

Y era natural que fuese así: su dominio absoluto de la técnica, su irreproachable factura, su original y

recio atrevimiento en dibujo y en color, en obras maestras convertían cuantos cuadros creara su inspirada fantasía y diera realidad su experta mano.

Los asuntos que con preferencia escogía para sus obras eran los más triviales de la vida doméstica, y a pesar de ello, los desarrollaba con una placidez y una verdad tan encantadoras, era su tonalidad tan dulcemente agradable, que al tiempo que alegraban la vista, con emoción mansa y tranquila impresionar lo grababan al espíritu.

Destacábanse siempre en primer término una joven rubia muy bella, de belleza un poco triste quizá, pero tal vez por eso mismo tan interesante, que la serena y límpida mirada de sus ojos claros, con luz de poema iluminaba todo el lienzo.

Secreto y preocupación al mismo tiempo constituía para los amigos del pintor la existencia de la protagonista de sus cuadros. Ninguno la vio jamás en el estudio de Fernando, ni, a pesar de las pesquisas realizadas, había podido nadie averiguar si aquella mujer era en realidad su modelo o sólo una creación de su fantasía.

—Confiesa que es tu amante—le decían algunos.

Pero él a todos respondía con una sonrisa enigmática, que sólo servía para aumentar el misterio y acrecentar su fama.

Una noche que, después de terminar su diaria tarea, paseaba Fernando por Recoletos, con un cigarro en los labios y mil proyectos en la imaginación, encontró de pronto con Enrique, su antiguo condiscípulo, a quien en una porción de años no había visto.

Con una exclamación de alegría y un fuerte abrazo volvieron a juntarse los dos amigos, cuyo fraternal afecto no consintió jamás el más ligero disgusto, ni el más pequeño secreto.

Juntos comenzaron en una Universidad provinciana la carrera de Medicina, e inseparables fueron hasta que, convencido Fernando de que no era por aquel camino por el que la suerte le llamaba, dejó los estudios y se vino a Madrid.

Y mientras en Madrid el arte de Fernando triunfaba en toda la línea, en una aldea serrana, que abrazaba un monte y besaba un río, Enrique repartía entre sus enfermos, con los remedios de su ciencia, los consuelos de su buen corazón.

Pasados los primeros instantes de cariñosa efusión:

—Ya sé—exclamó Enrique dando una palmada en el hombro de Fernando—, ya sé que estás hecho un gran pintor; hasta mi rincón ha llegado la noticia, así como también la de tu novela, la de esa incóg-

nita de tu vida que todos se empeñan en descifrar.
—¿Tú también estás intrigado?—preguntó Fernando sonriendo.

—Lo confieso; tanto se ha hablado de ti, o, mejor dicho, de tu modelo, que he llegado a interesarme. aunque supongo que a mí no me dejarás con la curiosidad como a los demás.

—Veamos: ¿qué quieres saber?

—¿Existe esa mujer, o no es más que una invención tuya?

—Existe—repuso Fernando.

—Me alegro, porque la conoceré.

—No la conocerás.

—¡Ah, vamos, comprendo! Esa mujer es para ti algo más que la modelo, y no quieres...

—Te juro que no.

—Entonces no lo entiendo.

—Como nunca he tenido secretos para ti, te diré lo que de ella sé.

—Habla; mi vanidad al menos te quedará agradecida, porque habré logrado saber lo que a tantos preocupa y nadie sabe.

—Escucha. Hará cosa de un par de años, volvía yo una noche, ya tarde, hacia mi casa, que era entonces un modesto cuartito de la calle de Bailén, cuando al pasar por el Viaducto llamó mi atención una joven vestida de negro que, apoyada en la barandilla, miraba con insistencia el vacío como atraída por él; en lugar de seguir mi camino, me detuve a algunos pasos de la desconocida, más que por curiosidad, temeroso de que intentase algún disparate.

—Bravo, chico; siempre el mismo.

—No me engañé: apenas creyóse sola, se subió a los hierros y hubiérase arrojado al espacio a no ser por mí, que de un salto llegué hasta ella, la cogí con fuerza por la cintura y volví a ponerla en el suelo.

Al verme a su lado, fijó en mí un instante sus ojos, los ojos más hermosos que he visto en mi vida, y rompió a llorar. La llevé lejos de aquel sitio, y cuando un instante después procuré consolarla: —Ha debido usted dejarme morir—me dijo—; soy muy desgraciada.

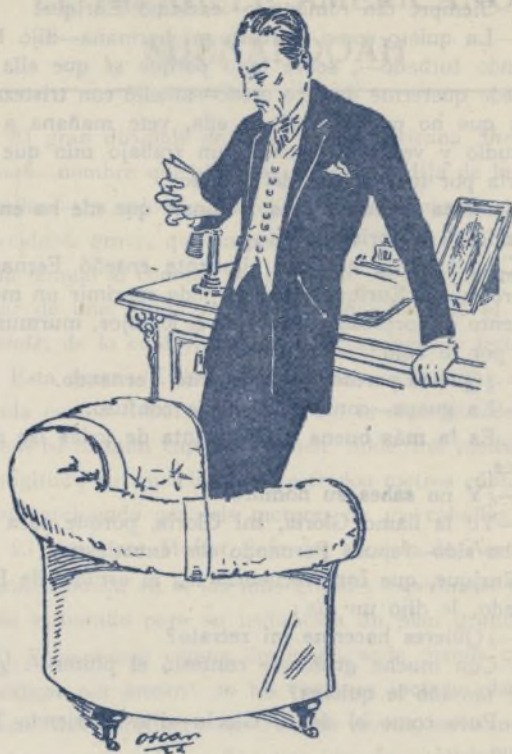
Entonces me contó las causas que la habían impulsado a su fatal resolución.

Su historia era la de otras tantas víctimas del amor, que en aras de su pasión hacen el sacrificio de su virtud primero, de sus ilusiones después y al final el de su vida.

Amó con locura a un hombre, que en pago de su amor la entregó al abandono y la desesperación cuando supo que un nuevo ser se agitaba en el de ella.

Sus padres, que no pudieron sobrevivir a la humillación de su deshonor, la acabaron de dejar sola en el mundo cuando más necesitada estaba de auxilio y de consuelo.

El mismo día que pudo abandonar el lecho, después de haber dado a luz, llevó a su hijo al lugar donde la caridad pública almacena los frutos del amor



que la sociedad rechaza, y, convencida de que nada la quedaba que hacer en el mundo, puesto que ni a su hijo podía proporcionar más que miseria y vergüenza, decidió quitarse la vida, tan pesada como inútil.

Ante mis reflexiones, conseguí que me diera palabra de desear tal idea, y a fuerza de ruegos logré convencerla de que por aquella noche aceptase la hospitalidad que yo la ofrecía en mi casa, para lo cual yo me marché a la de un compañero.

A la mañana siguiente fui a verla temprano y la encontré más tranquila; la supliqué que no se separase más de mí, ofreciéndome a ser su guía y su amparo, y entre lágrimas aceptó reconocida, imponiéndome una sola condición: la de que jamás la preguntara su nombre ni el de su seductor.

A los pocos días fuimos a la Inclusa y de allí recogimos a su hijo, al que llevé a casa de una nodriza.

Un día, que estaba yo pintando a su lado mientras ella cosía, se me ocurrió la idea de traspasar al lienzo aquella cara de virgen, con su expresión de bondad; ella accedió a mi deseo, y comencé a trabajar con verdadero entusiasmo. Allí dió principio mi suerte: aquel cuadro fué premiado con una primera medalla en la Exposición, y de ignorado pasé a ser el pintor mimado por la gloria y la fama, que debo a ella sola.

Sin que nadie la vea, pues es su deseo, en mi casa vive desde entonces, guiándome con su influjo por el camino de la gloria, y sin que haya brotado en mí ni un mal pensamiento.

—Siempre tan romántico—exclamó Enrique.

—La quiero como si fuera mi hermana—dijo Fernando turbado—, sobre todo porque sé que ella no puede quererme de otro modo—añadió con tristeza—. Ya que no puedas verla a ella, vete mañana a mi estudio y verás su retrato, un trabajo mío que no daría por todo el oro del mundo.

—Hasta mañana, pues, y conste que me ha enterado tu historia.

Cuando a la mañana siguiente enseñó Fernando el retrato a Enrique, éste no pudo reprimir un movimiento de sorpresa; apartó de él los ojos, murmurando por lo bajo: —Es extraño.

—¿Qué te parece?—le preguntó Fernando.

—Es guapa—contestó Enrique confuso.

—Es la más buena y más santa de todas las mujeres.

—¿Y no sabes su nombre?

—Yo la llamo Gloria, mi Gloria, porque para mí lo ha sido—repuso Fernando con entusiasmo.

Enrique, que con frecuencia iba al estudio de Fernando, le dijo un día:

—¿Quieres hacerme mi retrato?

—Con mucho gusto—le contestó el pintor—. ¿De qué tamaño le quieres?

—Pues como el de tu Gloria—dijo sonriendo Enrique.

Al día siguiente puso Fernando manos a la obra,

y desde entonces fueron tan largas y tan repetidas las visitas de Enrique, que casi no salía del estudio en el que entraba lo mismo si estaba que si no estaba en él el pintor.

Al otro día de terminar Fernando el retrato de Enrique tuvo que pasar el día fuera de Madrid, y volvió a su estudio hasta muy entrada la noche.

Al entrar encendió la luz, y quedó asombrado al ver colocados en un testero de la pared, y haciendo pendan, los retratos de Gloria y de Enrique, en medio de los cuales estaba el del hijo de aquélla.

Sobre la mesa había una carta cerrada y dirigida a él.

Con mano nerviosa la abrió Fernando, y leyó lo siguiente:

«Arrepentido de la falta que en otro tiempo cometí con una mujer, procuro repararla dando mi nombre a ella y a mi hijo y llevándoles junto a mí. Te debo mi felicidad, que sería completa si no tuviera que separarte de tu Gloria. Ni ella ni yo tenemos el valor suficiente para despedirnos de ti; perdónanos a los dos, que no te olvidaremos jamás.—Enrique.»

Fernando se dejó caer en un sillón, exclamando con desaliento:

—Me abandona, ella, mi Gloria...; pero ¿qué significa la gloria ante el amor?...

JOSÉ MALDONADO

MAXIMAS

Con el verdadero amor sucede lo que con la aparición de los espíritus: todo el mundo habla de ellos, pero pocas personas los han visto.

El amor presta su nombre a un infinito número de cosas que se lo atribuyen, y en las que él tiene tanta participación como el dux en lo que acaece en Venecia.

En la mayoría de los hombres, el amor de la justicia no es más que el temor de sufrir la injusticia.

El silencio es el partido más seguro para quien desconfía de sí mismo.

Lo que nos hace tan mudables en nuestras amistades consiste en que es difícil conocer las cualidades del alma y fácil conocer las del ingenio.

No podemos amar nada sino relacionándolo con nosotros, y no hacemos más que seguir nuestro gusto y nuestro placer cuando preferimos nuestros amigos a nosotros mismos. Sin embargo, sólo por esta preferencia, la amistad puede ser verdadera y perfecta.

La reconciliación con nuestros enemigos no es más que un deseo de mejorar nuestra condición, un cansancio de la guerra y un temor de cualquier desagradable acontecimiento.

Lo que los hombres han llamado amistad es una sociedad, un miramiento recíproco de intereses y un cambio de buenos oficios; en una palabra, es un comercio en el que el amor propio se propone siempre ganar alguna cosa.

Más vergonzoso es desconfiar de sus amigos que ser engañado por ellos.

Muchas veces nos convencemos de que amamos a las personas más poderosas que nosotros, y, sin embargo, sólo el interés es el que produce nuestra amistad. Nosotros no nos aficionamos a ellas por el bien que les queremos hacer, sino por el que queremos recibir de las mismas.

Nuestra desconfianza justifica el engaño de los demás.

EL DIRIGIBLE AMERICANO SHENANDOAH

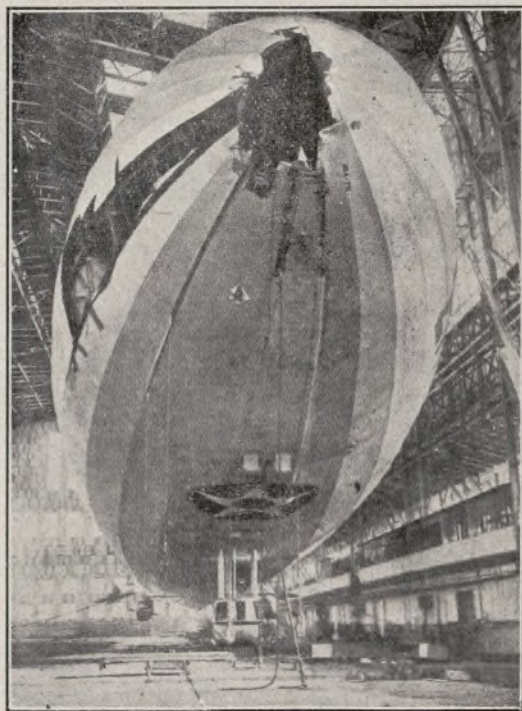
El gran dirigible de la marina americana *Shenandoah*—nombre que significa en indio «Hija de las estrellas»—ha sido víctima el 16 de enero pasado de un accidente grave, que ha podido ser causa, y así se había temido al conocer las primeras noticias, de terminar de una forma análoga a como terminó el *Dixmude*, de lo cual ya tienen noticia nuestros lectores.

Esta aeronave, de tipo Zeppelin, construida y montada en los Estados Unidos bajo la dirección del ingeniero alemán capitán Heinen, mide 208 metros de longitud; su capacidad es de 60.000 metros cúbicos y está accionada por seis motores de 400 caballos.

El almirante Moffet, jefe del servicio de Aeronáutica, fundaba en él las más grandes esperanzas y había elaborado para su utilización un plan grandioso. El *Shenandoah* estaba destinado nada menos que a realizar por encima de las regiones inexploradas del polo Norte una serie de cruceros aéreos, en combinación con seis aviones. Era una idea originalísima, que había de traer grandes frutos a la ciencia y colma-



La torre metálica, causa de la rotura del dirigible *Shenandoah*, en Lakehurst. En la cúspide se ven todavía prendidos los restos del dirigible, al soltarse de sus amarras por la borrasca.



La avería del dirigible americano *Shenandoah*.—Fotografía tomada al llegar el dirigible a Lakehurst (New-Jersey). Se vé delante y en un flanco las averías sufridas, por explosión de dos globos de helio. Por la brecha se ven las vigas rotas y los chasis destruido.

na el sueño de los exploradores y de los aventureros. La zona afectada a sus reconocimientos se extendía desde Alaska al polo Norte, con una base en Nowe y estaciones auxiliares en Poin-Barrow y en Spitzberg. Dos barcos petroleros, provistos de mástiles de amarre, asegurarían, en caso de mal tiempo o tempestad, bases de socorro y auxilio. La intención de los exploradores americanos es de conocer, si es posible, todas las regiones árticas, tomar fotografías y diseños para la composición de mapas y preparar los jalones para una futura ruta, desde la Europa occidental al Japón, pasando por el polo. Se iría así de Londres a Tokio por Spitzberg y Alaska.

El *Shenandoah*, que debía realizar ensayos de seguridad y perfección en tierra, fué amarrado a un mástil o torre metálica especialmente erigida en la estación aeronáutica de Lakehurst (New-Jersey). A su bordo, y verificando pruebas de entrenamiento, se encontraba un equipo de veintidós hombres, bajo el

mando del capitán Heinen. Una violenta tempestad sorprendió al dirigible en esta situación peligrosa, rompiendo sus amarras y lanzándole a la deriva en la dirección Nordeste. A pesar de encontrarse en tal situación en la atmósfera, no se interrumpieron las comunicaciones radiotelegráficas con la estación de Newark, contestando por este medio desde el dirigible que todo iba bien a bordo y que se luchaba contra la borrasca. El dirigible, que fué visto muchas veces desde tierra en el Estado de New-Jersey, pues estaba a bastante altura, derivó hacia el Norte. Después de haber pasado Grosvenor-Island, pudo, al fin, hacerse dueño de su dirección y regresar a su hangar de Lakehurst, que lo hizo el día 17, a las dos de la mañana, con bastantes averías: desgarramiento de la envoltura, destrozo de dos compartimentos y pérdida de su punta delantera. Las reparaciones han sido pronto emprendidas, pues este incidente no molía en nada los proyectos de la aeronáutica americana.

EL NUEVO VEHICULO PARA ATRAVESAR EL SAHARA

Hace exactamente un año, el desierto de Sahara fué atravesado, por primera vez de Touggour a Tomboucton, por una caravana automóvil. Esto fué un gran dato para la historia africana. Los auto-cadenas Citroen no son los únicos vehículos que se han utilizado en el desierto. Se han obtenido muy interesantes resultados por vehículos de tipo muy diferente de los de cadena: los automóviles de seis ruedas de 10 C V Renault. Han sido probados, con resultados muy satisfactorios, por la Compañía general Transatlántica. Esta organizaba desde hace tres años caravanas de caballos, camellos y mulos por el Sur-Argeliano y Sur-Tunecino, de Touggourt a Tozeur, vía Qued. El trayecto demandaba diez o doce días. Ha sido cubierto ahora en dos jornadas, sin contar un alto de veinticuatro horas en el oasis de Oued, por dos coches de seis ruedas, asegurándose por este nuevo medio de locomoción el circuito Norte africano. Uno de los que hicieron el recorrido, el americano Mr. James Graham, que inauguró también este servicio, comunica sus impresiones del modo siguiente:

«Acabo de recorrer en automóvil muchos cientos de kilómetros a través del Bled y el Erg, donde están situadas esas grandes dunas que alcanzan la ruta del

Sur-tunecino al Algeriano. Con facilidad y confort he hecho en dos jornadas las diez o doce etapas de las habituales caravanas, en un coche de un tipo enteramente nuevo, construido especialmente para atravesar terrenos movedizos, y, en particular, para circular, en los desiertos de arena extraflúida, de la cual está constituido el Erg.

»Además de sus seis ruedas, la principal particularidad de este coche consiste en dos puentes traseros, con motores articulados e independientes. El juego delantero es normal, pero el trasero puede desplazar-



El nuevo coche de seis ruedas cuyo éxito ha superado a los automóviles «tortugas».



Las caravanas de camellos era el único medio de locomoción para el desierto. Hoy los nuevos automóviles de seis ruedas surcan los arenales, haciendo el recorrido de meses en pocos días.

pués, por las arenas del Erg, hasta el Oued: esta villa tan curiosa y verdaderamente africana, con sus habitaciones de barro, de cúpula redonda, que de lejos parecen promontorios de arena sembrados en medio de las dunas onduladas, como si un niño gigante se hubiera entretenido en hacer casas con la arena. Después de una noche de reposo en el confortable campamento de la Compañía general Transatlántica, abordamos al segundo día al Oued-Touggourt. Esta segunda jornada se desarrolló, como la primera, sin incidente alguno, que es la mejor prueba del éxito obtenido.

Al terminar el segundo día dejamos 300 kilómetros detrás de nosotros. Decidimos llegar a Ouargla, y desde allí a Ghardaia. A pesar del terreno terriblemente difícil y los altos pronunciamientos rocosos, que ha-

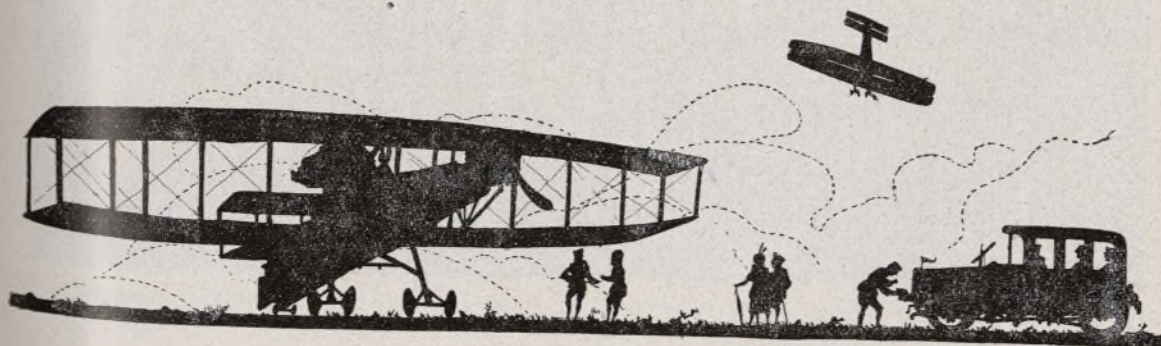


El nuevo modelo de seis ruedas, atravesando una duna.

se por su propia cuenta en un plano vertical, perpendicular al eje del coche. Las extremidades del mismo lado de los dos ejes posteriores están unidas entre sí por un resorte ligado por su parte media al *chassis*. Este punto de unión del resorte al *chassis* está en la parte media de los desplazamientos de la extremidad de los ejes de un mismo lado. Esta suspensión es de una suavidad muy notable y superior a la de los coches ordinarios de cuatro ruedas, haciendo que no se sientan casi las desigualdades del terreno, mientras que la sensación que se experimenta al atravesar las subidas y descenso de las dunas, más parece el deslizamiento en una barca que el rodaje de un coche de ruedas. Dotados de un motor ordinario de serie 10 CV, que les permite marchar a 45 kilómetros por hora, estos automóviles franquean los desiertos con la facilidad más grande, y, a pesar de su peso considerable, vencen pendientes de 35 o más grados.

«Pueden transportar cada uno seis viajeros confortablemente instalados y los bagajes, piezas de recambio y esencia para 500 kilómetros de ruta; en total, unos 2.500 a 3.000 kilos. La primera etapa se verificó por Tozeur, soberbio oasis del Sur-Tunecino, joya del desierto, de centenares de miles de palmeras, de naranjos y de limoneros, con arroyos limpios; des-

cen a esta villa casi inaccesible por el lado Sur, llegamos a ella sin gran esfuerzo, habiendo vencido todos los obstáculos de este segundo recorrido, sin duda el más arduo y el más accidentado del desierto del Sahara.»



LOS NAVIOS CABLEROS

Fondo del Atlántico y Mediterráneo con el tendido de los cables telegráficos entre Europa, África y América

percha o el caucho, y aun su armadura metálica en algunos casos. Se evita, por tanto, los lugares donde ellos vivan. Se busean con preferencia los terrenos regulares, las llanuras y las mesetas más planas, evitando las cañadas y las montañas. Si el cable pasa por lechos minerales, como el hierro o el cobre, se produce, a la larga, una acción galvánica que puede atacar las armaduras metálicas; si pasa sobre un banco de coral, puede éste, al extenderse, atacar al aislante y soldar el cable al suelo. Se debe también buscar las aguas calmas, por perjudicar mucho al cable las corrientes submarinas. Asimismo es grave inconveniente los lugares de pesca, donde los pescadores pueden dragar los cables, y los en que anclan los navíos por el daño que puede producir el ancla.

Hecho este estudio, se determina las longitudes del cable de cada categoría que han de componer la línea. El cable de aterrizaje, más expuesto a la resaca y a los frotamientos, es más sólidamente reforzado y armado: lleva dos envolturas concéntricas de acero y tres de yute y de gutapercha; su diámetro exterior es de 60 milímetros, y su peso, en el aire, por kilómetro, de 8.700 kilos. El cable intermedio, de 45 milímetros cerca y de 2.700 kilos por kilómetro, se pone en fondos de 100 a 500 metros. Desde éste, el cable de grandes fondos, que no tiene más que 25 milímetros de diámetro, pesa 1.250 kilos por kilómetro.

Hay otras especies de cables destinados a usos especiales. Con el fin de aumentar el rendimiento de la línea, se han imaginado cables de dos o cuatro conductores, que permiten doblar o cuadruplicar el número de telegramas enviados simultáneamente. Pero estos cables, a causa de su peso y su elevado precio, no pueden ser empleados más que en cortas distancias.

Hay, por otra parte, consideraciones de resistencia y capacidad eléctricas que son de mucha importancia y que crecen con la longitud de la línea. Aunque la transmisión eléctrica es instantánea, es preciso, según la capacidad del conductor, un cierto lapso de tiempo (algunas décimas de segundo) para que la corriente lanzada por una estación impresione el aparato receptor de la otra extremidad. Así es obligado el transmitir con cierta lentitud, tanto menos pronto cuanto más esté alejada la otra estación, a fin de que las señales no se desvanezcan o confundan unas con otras. Hecha esta consideración de velocidad, es un hecho que una línea dos veces más corta que otra puede transmitir, en el mismo tiempo, cuatro veces más telegramas que aquélla. Por eso se busca en la instalación de un cable de mucha longitud el establecer varios puestos intermedios que faciliten la rapidez de la comunicación, haciendo triplicar o cuadruplicar el rendimiento comercial.

La composición de los cables.

La silueta del cablero está caracterizada por un casco lanzado que desborda en la roda. Lleva tres

gruesas poleas colocadas a cada lado y rodeadas de una pequeña plataforma. Por estas poleas son lanzados los cables para que se vayan sumergiendo en los sitios designados al efecto.

El aparato motor de un navío cablero moderno está constituido por dos máquinas de vapor alternativas, accionando cada una su hélice. Estas máquinas están dispuestas para velocidades reducidas de nueve, seis o tres nudos, y aun uno, a fin de permitir al navío adaptarse a todas las velocidades de colocación y tendido del cable, o para contrarrestar los efectos del viento o las corrientes mientras se verifica una reparación; hay que tener presente también que si no puede anclar, los efectos de tirantez del cable son esfuerzos que tiene que vencer a fuerza de máquina. Por otra parte, el cablero debe tener una velocidad de ruta de doce nudos cerca, para volverse rápidamente en los lugares de la operación.

Las calas del navío están ocupadas por grandes tinas, de diez a doce metros de diámetro, en las cuales está el cable cuidadosamente enrollado. Los pequeños cableros tienen al menos dos tinas, otros tres y los más grandes cuatro, cinco o más.

Al salir de la tina, el cable pasa sobre el puente por diferentes poleas que la guían, con un freno de fricción, que le impide desenvolverse muy pronto. Dinamómetros instalados en el recorrido del cable, permiten medir su tensión. Teniendo en cuenta el peso y la resistencia mecánica del cable, la profundidad en la inmersión, la naturaleza del fondo, el estado del oleaje y el viento y el tiempo en que se dispone la operación, se admite una tensión determinada por la experiencia, que se registra en el dinamómetro, y conforme a este registro, se hace variar convenientemente la velocidad de rotación del cable y las del navío. Si el tiempo es favorable, se puede inmergir en el mar, por hora, unos 15 kilómetros de cable.

El equipo del cablero está completado por una cala en que van almacenados los utensilios, cuerdas, boyas, poleas y todo lo que se necesita para estos trabajos de sondeo y de dragado, un taller y varios departamentos que sirven para efectuar todos los trabajos necesarios preparatorios de un tendido de cable. Mencionemos, en fin, los aparatos de sondeo, a vapor o eléctricos, que muy perfeccionados sirven para determinar la profundidad del mar y para recoger algunas muestras del fondo, para analizarle.

En el entrepuente están colocadas las cámaras de los oficiales, de los ingenieros, electricistas y mecánicos, con sus comedores y salón de fumar. También, la cámara de ensayos, laboratorio de medidas electromagnéticas, la cabina de la telegrafía sin hilos y la cámara de cartas marítimas, constituyendo todo esto el establecimiento científico del navío.

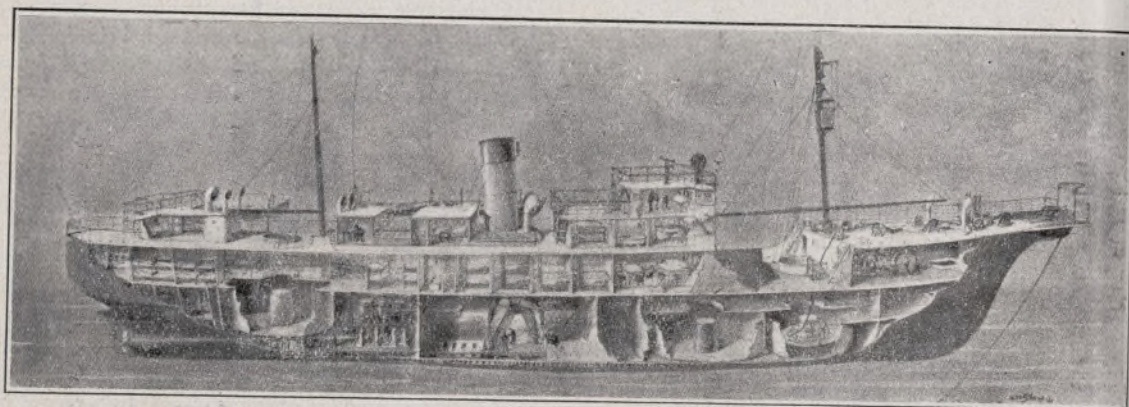
La dotación y las condiciones de trabajo.

La demás dotación del cablero, que ocupa la parte de popa, dispone de cámaras más espaciales y confortables que en los navíos de comercio. El servicio que

presta este personal secundario o de peonaje, es bastante duro. Las campañas del tendido de cables duran algunas unos tres meses. Es preciso haber navegado para comprender el vigor físico y moral que exige una marcha generalmente lenta, sobre un mar desierto, ingrato, con los ruidos permanentes, usuales, y sobre todo, los producidos por el rodar de esa serpiente de cobre y de guta que es el cable, por las po-

leas y sus rozamientos. Cuando se levanta la brisa y se encrespan las olas, el cablero no hace más que suspender las operaciones, pero tiene que seguir desafiando el temporal, sin poder lanzar el cable precioso del áncora; cada uno se endosa su casaca encerrada, pone a mano su salvavidas y a esperar que pase la borrasca.

En estas duras circunstancias es cuando desde el



Corte transversal de un navío cablero. En él puede apreciarse toda la disposición del barco y la forma en que se lanza el cable

capitán hasta el último marinero deben desplegar toda su energía. Es preciso vigilar el cable tendido sobre el mar que ha de hacer sufrir al navío con las oscilaciones de las olas y, en último término, a la desesperada, y cuando pone en peligro la seguridad del navío y de la dotación, es necesario cortar el cable, amarrando su extremidad a una baya, hasta que cese la tormenta.

El equipo numeroso de que se compone el tablero

está formado por oficiales, ingenieros especialistas, marinos y obreros técnicos.

Las reparaciones del cable inmerso se verifican con toda seguridad, precisando por medio del galvanómetro y los cálculos el lugar del accidente. Esta localización puede ser hecha con gran precisión con la ayuda de un procedimiento especial inventado por el ingeniero Loth, de guías electromagnéticas de los navíos y aviones.

ANÉCDOTAS

Preguntando al Rey don Pedro de Aragón el legado del Pontífice a que fin era la armada naval que preparaba, dando celos a Italia, respondió

—Si mi mano diestra supiese lo que hace la siniestra, me la cortara.

Habiendo dicho un ateniense a Anacharsis que era un bárbaro por cuanto había nacido en Scythia.

—Sí, respondió éste: yo me avergüenzo de mi patria, pero la tuya se avergüenza de tí.

Habiendo impuesto algunos tributos sobre el Languedoc el duque de Orleans, a la sazón re-

gente del reino, y fatigado de las representaciones de un diputado de los Estados de esta provincia,

—Y bien, ¿cuáles son tus fuerzas para oponerte a mi voluntad?... ¿qué puedes hacer?...

—Obedecer y aborrecer, respondió el diputado.

Guillermo el Rojo fué avisado cierto día de que un monge había tenido un sueño espantoso relativo a su muerte.

Este príncipe al oír la relación prorrumpió en grandes carcajadas; y exclamó:

—Este hombre es monge, y ha soñado como monge con dinero: que le den, pues, cien che-lines por que no diga que ha soñado en balde.

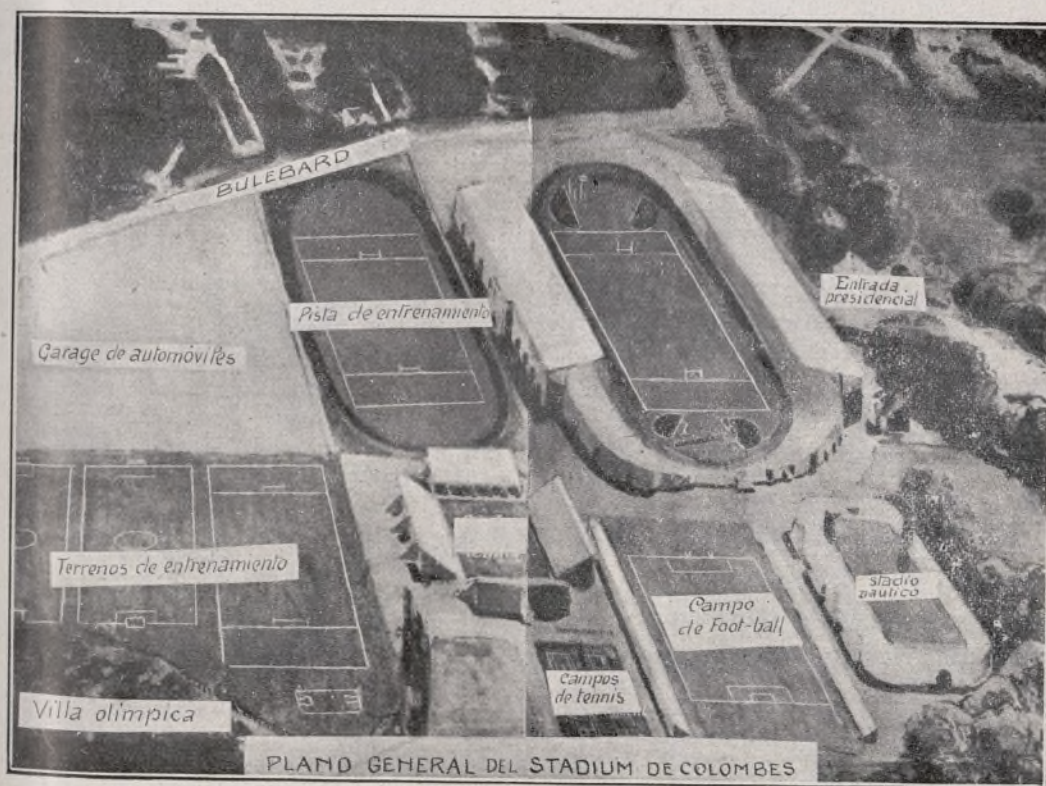
EL FUTURO STADIUM DE LOS JUEGOS OLIMPICOS

A Francia ha correspondido el cuidado de organizar los Juegos Olímpicos que se celebrarán este año. Con la ayuda de los Poderes públicos y del Consistorio de Parsí, el Comité organizador ha empezado ya sus trabajos edificando un grandioso *stadium*, donde deben desarrollarse las pruebas internacionales de los diversos géneros de deportes.

El plano general del *stadium*, que se construye en

tas aseguren la evacuación de los 60.000 espectadores.

Va construido todo de cemento armado, lo que ha permitido instalar bajo el inmenso anfiteatro ovoide un gran número de servicios anexos: así, bajo la tribuna de honor se encontrará un guardarropa para 1.200 plazas; dos grupos de duchas de 55 cada uno; dos salas de baños; una enfermería; dos despachos para la C. O. F.; una gran sala de reunión para



PLANO GENERAL DEL STADIUM DE COLOMBES

Vista general de los trabajos que se llevan a cabo para la construcción del Stadium, en donde se celebrarán los juegos olímpicos de 1924.

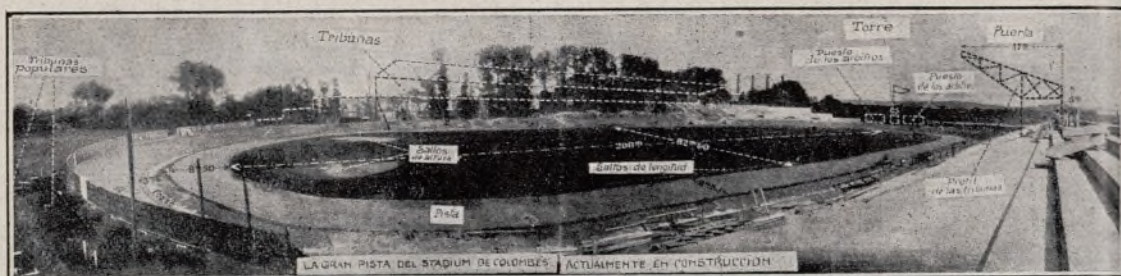
el campo de carreras de «Colombes», lo forma una gran extensión que mide de eje a eje 200 metros de largo y 82,40 de ancho. La pista propiamente dicha, de 8,50 metros de anchura, está separada de las graderías, de 8,25 metros, reservadas al público, por un foso de tres metros. Las graderías se componen por una parte de dos tribunas, cubiertas con 10.000 asientos cada una; además, cuatro grupos de segundas tribunas de 3.750 plazas cada uno, y, en fin, otras, «populares», en dos grupos, correspondiendo a cada uno de ellos 12.500 plazas, o sean, en total, 60.000 plazas.

Para entrar en esta gran pista se han previsto 34 entradas de cinco metros de abertura. Se cree que es suficiente menos de un minuto para que estas puer-

los, atletas, los cuales no podrán ir a la gran pista más que por un pequeño paso subterráneo.

Al lado de la pista principal figura en el plano del arquitecto Dujarric: una pista de entrenamiento; tres campos de *foot-ball*; otro campo para la Asociación *Foot-ball*; otros de *tennis*; una piscina, etc.; un vasto *garage* para automóviles, así como también una «villa olímpica» especialmente destinada a los atletas.

Se adivina que para conducir a Colombes los miles y miles de espectadores atraídos por los Juegos olímpicos es preciso tomar algunas medidas especiales: además de la estación de Colombes, habrá otra al Sur del *stadium*. Un puente nuevo será establecido en la ribera vecina del Sena y, en fin, la T. C. R. P. or-



He aquí el aspecto de la gran pista en construcción del Stadium de Colombes

ganizará siete nuevas líneas de autobuses, con siete estaciones alrededor del *stadium*.

Se están tomando todas las disposiciones para que los concurrentes que acudan de todas las partes del mundo encuentren en Colombes todos los perfeccionamientos y todo el confort deseables.

La obra—como se ve en los grabados—es de una importancia y ha de redundar el cocurso que en ella tendrá lugar en beneficio del deporte físico mundial y del mejoramiento de las razas civilizadas, a imitación de los antiguos griegos.

EL COFRE

He aquí una bella muestra de la literatura, del poeta belga GEORGES RODENBACH.

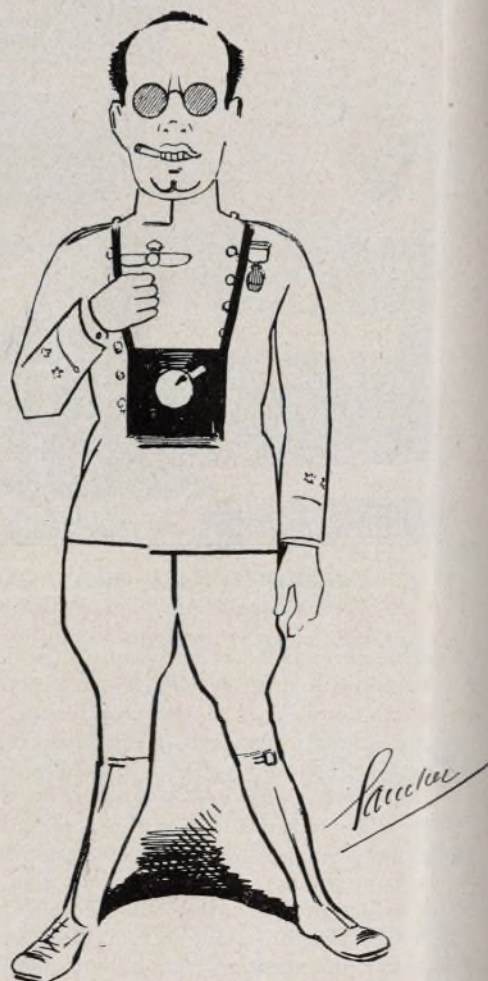
Mi madre tiene en un cajón secreto de su cómoda un cofre, ya oxidado y pasado de moda, con respeto, yo, tan sólo dos veces, lo he mirado figurándome ver un amuleto.

Parece un ataúd; negro y macizo, guarda cabellos de parientes muertos. Mi madre a veces, con letal hechizo, abre los sobres donde yacen, yertos, y con amor los besa, rizo a rizo.

Cuando murieron mis hermanas blondas allí pusieron su rizado pelo; y de ellas no guardamos más que hondas penas, y aquel sedoso terciopelo, bosque tupido de doradas frondas

Y tú, que ya te inclinas con tristeza, ¡oh madre! cuando llegue, horrible, el día de guardar, a mi vez, de tu belleza el fúnebre despojo, ¡oh madre mía! ¡que esté blanco el mechón de tu cabeza!

GENTE DE CASA



El Capitán Jiménez Millas, fotógrafo, aviador, profesor, etc., etc.....



LA LAMPARA MARAVILLOSA

El aficionado a la telegrafía sin hilos llega bien pronto a familiarizarse con las nociones corrientes de «self-inducción», de «capacidad», de «antena», de «cuadro», etc.; pero con lo que no se llega a familiarizar, y puede ser que sea la única obscuridad que tenga en su espíritu, es con la lámpara de tres electrodos, tríodo o audión.

El profesional entrenado sabe montar una lámpara detector en amplificador de corriente de alta frecuencia o en amplificador de corriente de baja frecuencia. Puede discutir sobre tensiones de corriente, sobre acumulación de calorías y demás pormenores profesionales; pero ¿sabe él la utilidad de los diferentes órganos y de sus funciones? Como divulgación científica, vamos a tratar de explicarlo.

LOS ELECTRODOS

¿Qué son esos tres electrodos que tiene la lámpara? Se ven broches metálicos que salen de su pie, que son cuatro... Miremos al interior. Se ve un cilindro metálico, la placa; después, una hélice concéntrica a este cilindro, el enrejado, en fin; al eje de este enrejado, un hilo de tungsteno apenas visible, fino como un cabello: el filamento.

Apenas visible, decimos, pero en ciertas lámparas poderosas de construcción reciente, este filamento es del grueso de un lápiz.

Para ver cómo todo eso funciona estudiemos, como simplificación y mejor método, una lámpara de dos electrodos.

UN PUEBLO DE LOCOS

LOS ELECTRONES

Según teorías recientes, un metal está constituido por átomos, entre los cuales circulan partículas extremadamente tenues de electricidad negativa: los electrones. Estas masas infinitesimales quedan invisibles.

En las condiciones normales, los electrones se agitan continuamente, se deslizan de un lado a otro y botan y rebotan como una pelota de tennis.

Calentando el metal, la agitación de los electrones va creciendo de más en más hasta llegar a la incandescencia, que es cuando llega a su máximo, en carreras tan vertiginosas, que pudieran ser proyectados al exterior.

Este fenómeno fué descubierto por Edison, estudiando las lámparas de filamento incandescente, de las cuales es el inventor.)

Pero, en este momento, otro fenómeno entra en juego. Cada electrón (masa negativa) proyectado fuera del metal hace nacer en éste una masa igual de

electricidad positiva. Pero como dos electricidades contrarias se atraen, al cabo de poco tiempo los electrones, retenidos por la electricidad positiva, no pueden separarse del metal.

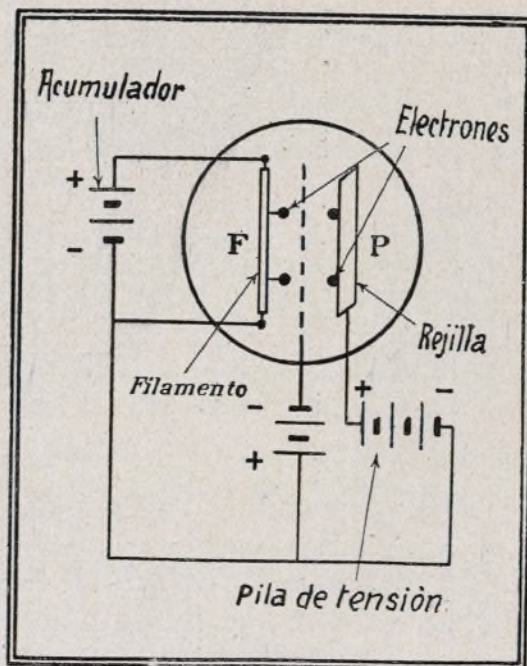
Sin embargo, si se contrabalancea la acción de las masas positivas, los electrones pueden disgregarse continuamente.

En otro orden de ideas, cada electrón arrastra una pequeña cantidad de electricidad. Haced que la masa de electrones no se desplace más que en un sentido, reglamentad la batahola y habréis creado una corriente eléctrica.

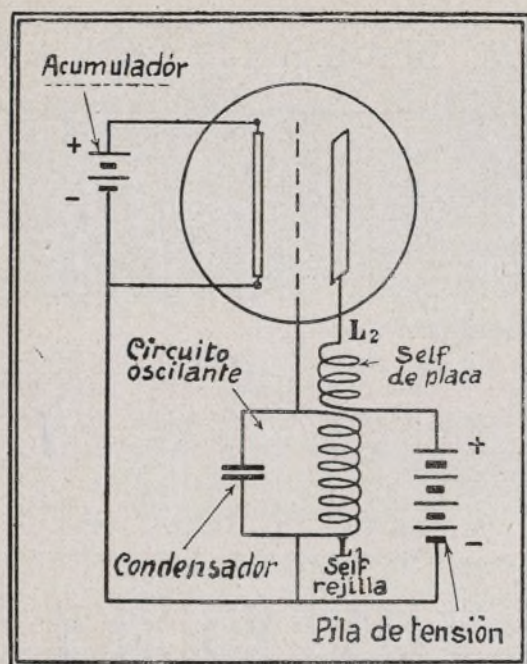
EL PRECURSOR: LA LAMPARA DE DOS ELECTRODOS

Tengamos una ampolla vacía de aire, en la que se encierre un filamento de tungsteno (metal resistente a las altas temperaturas) y una placa metálica. Unamos las dos extremidades a una batería de acumuladores y se calentará el tungsteno hasta llegar a la incandescencia. La batería de acumuladores puede llevar, naturalmente, el nombre de batería de calentamiento.

En estas condiciones, los electrones del tungsteno tienden a escaparse. Para facilitar su evasión, una-



El Abuelo.—Esta lámpara de dos electrodos, obra del sabio Fleming, fué la primera válvula eléctrica que guió las investigaciones del ingeniero americano, Lee de Forest.



El Triodo.—Ha sido suficiente añadir a los dos electrodos del «abuelo» una rejilla, para transformarle en un órgano transmisor, receptor o amplificador.

mos el polo positivo de una pila a P y el polo negativo a F. ¿Qué va a pasar?

La placa P, cargada de electricidad positiva por la pila, viene a ser un centro de atracción para las partículas negativas, que son los electrones, y éstos, atraídos hacia la placa como la mariposa hacia la llama, van a precipitarse con una violencia tal, que sus choques repetidos, verdadero bombardeo, pueden calentar la placa hasta la incandescencia. Las masas positivas que aparecen en el filamento están compensadas por masas negativas iguales, producidas por la pila K y conducidas por el hilo B C. Los electrones, absorbidos por la placa, siguen el hilo E D, atraviesan la pila, siguen por C B y, finalmente, vuelven al filamento, donde son proyectados de nuevo.

¿Qué hemos hecho? Hemos creado una circulación de electrones en un sentido bien definido, es decir, una corriente eléctrica, *en el vacío*, entre F y P; en efecto, un miliamperómetro intercalado en el circuito de la placa, en O, por ejemplo, indica el paso de una corriente.

¿Puede invertirse este sentido de circulación? ¿Qué pasaría si se uniera el polo negativo a P y el positivo a F? No pasaría nada. Los electrones, rechazados esta vez por la placa, quedarían en el filamento, y el miliamperómetro no indicaría el paso de ninguna corriente.

Conclusión importante: nuestra lámpara de dos electrodos no deja pasar la corriente más que en un sentido; es una válvula, de donde toma su nombre. Pero, ¿qué es un detector de T. S. F.? Pues sencillamente un aparato que no deja pasar la corriente

más que en un sentido. Nuestra válvula tiene esta preciosa propiedad; es, pues, un detector.

La lámpara de dos electrodos fué descubierta en América por «Fleming», y por eso lleva el nombre de «válvula de Fleming».

EL TRIODO O AUDION

LÁMPARA DE TRES ELECTRODOS

En la ampolla de cristal dispongamos entre la placa y el filamento un enrejado, es decir, un conductor lleno de numerosas aberturas. Esta sencilla asociación va a dar a nuestra válvula una aplicación valiosa, un poder verdaderamente mágico.

Algunos de los electrodos proyectados por el filamento se quedarían en el enrejado, pero la mayoría atraviesa los intersticios e inundan la placa. Hasta aquí, nada nuevo.

Pero unamos el enrejado al polo negativo de una pila, y entonces vemos que aquél tiende a ir contra la acción de la placa; un cierto número de electrones se encontrarán rechazados, y el total de los que ocupan la placa será más débil que antes; en otros términos, la corriente en el circuito de la placa será disminuída. Si a la rejilla la hacemos suficientemente negativa, su acción anulará exactamente la de la placa y ningún electrón podrá retenerse en ésta: la corriente de la placa ha cesado.

Al contrario, si hacemos a la rejilla positiva, su acción se ajusta a la de la placa, y la corriente de ésta es aumentada.

Estas tres conclusiones parecen baldías, pero ellas nos dan la clave del funcionamiento de nuestro triodo.

Lee de Forest fué el sabio que tuvo la idea de asociar el enrejado tan útil al aparato de Fleming.

LA LÁMPARA AMPLIFICADORA

Se ha visto en párrafos anteriores que todo cambio en el estado eléctrico de la rejilla hacia su repercusión inmediata en la corriente del circuito de la placa. Para cambiar el potencial de la rejilla es suficiente muy poca electricidad; y como, por otra parte, los electrones se mueven a una velocidad prodigiosa, la repercusión se hace instantáneamente.

La rejilla es a la lámpara de tres electrodos lo que el pedal del acelerador es al automóvil.

En este último caso, una débil acción mecánica sobre el pedal pone en juego una energía considerable; lo mismo en el triodo: una pequeña variación de potencial-reja puede ejercer una variación considerable en la corriente de la placa.

Hay, sin embargo, una pequeña diferencia en uno y otro caso: cuando nos apoyamos bruscamente en el pedal, la repercusión no es instantánea; y si damos una serie de sacudidas, el motor sólo toma una velocidad media. La causa de este hecho es la *inercia* de los órganos del motor. No sucede eso en la lámpara amplificadora: la repercusión es instantánea.

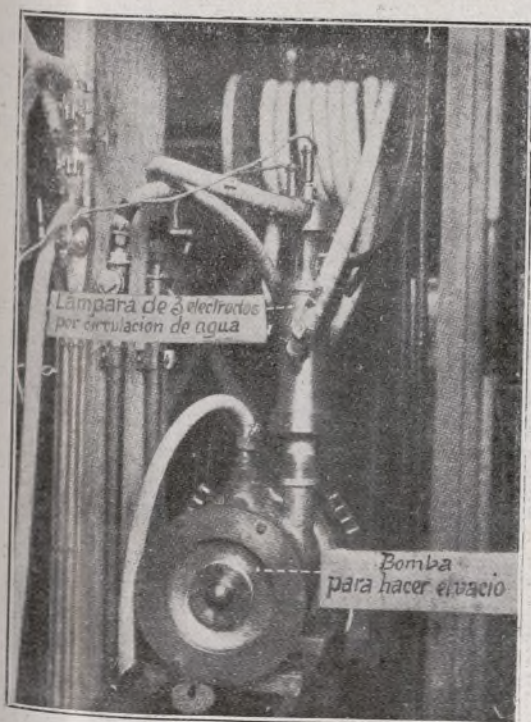
porque carece de puntos inertes. Si nosotros ligamos la rejilla a una antena, las vibraciones eléctricas extremadamente rápidas (del orden de 500.000 por segundo) producidas por las ondas, harán variar el potencial de la rejilla y la corriente de la placa producirá esas mismas variaciones, pero amplificándolas. Esta corriente de la placa podrá, a su vez, obrar sobre el potencial de la rejilla de otra lámpara, etcétera. La amplificación realizada por la primera lámpara ha sido de 8; en la número 50, la amplificación será de $8 \times 8 \times 8 \times 8$

$$\times 8 = 32.768.$$

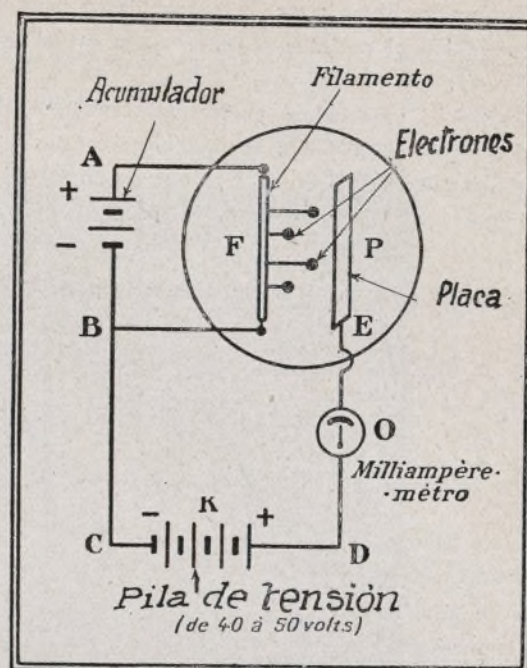
LA LAMPARA GENERATRIZ, EMISORA U OSCILANTE

El triodo, por sus maravillosas cualidades de amplificador, ha permitido realizar cómodamente recepciones a larga distancia, pero puede servir igualmente de generador de corriente, de alta frecuencia, es decir, de emisor.

La oscilación se explica con el ejemplo de un cuerpo pesado pendiente de un hilo: separémosle de su posición de equilibrio; después de una serie de oscilaciones, él se detendrá de nuevo. ¿Por qué el cuerpo no continúa en movimiento? Porque la energía comunicada al principio se disipa poco a poco por los frotamientos. ¿Qué hace el relojero para que la oscilación del péndulo tenga el mismo valor siempre.



La lámpara de la Torre Eiffel.—He aquí el triodo desmontable realizado por Holweck, y que se emplea en la torre Eiffel para las emisiones eléctricas.



La generatriz.—Siguiendo la disposición del circuito oscilante, la lámpara puede desempeñar diferentes cometidos.—El esquema anterior es de una máquina que funciona en generatriz.

Con la ayuda de un mecanismo, llamado escape, restituye al péndulo la equivalencia de la energía perdida durante la oscilación. Esta energía la presta un resorte o un sistema de pesos.

Ahora se puede comprender cómo la lámpara permite el entretenimiento de las oscilaciones eléctricas. En electricidad se llama *circuito oscilante* el conjunto de una bobina de *self-inducción* y un condensador. Si se carga bruscamente este condensador y se abandona el sistema a él mismo, se puede comprobar en el circuito la presencia de las oscilaciones eléctricas. Pero lo mismo que se detiene el cuerpo suspendido, se detienen también las oscilaciones eléctricas; la energía ha sido absorbida por los frotamientos eléctricos, como lo fué por los frotamientos mecánicos. Pero si a cada oscilación restituimos la energía perdida, es evidente que proseguirá el movimiento eléctrico. Esto es lo que hace la lámpara de tres electrodos. El circuito oscilante juega el papel del péndulo del reloj, la rejilla el del escape y la pila el del resorte.

Cada oscilación hace aumentar el potencial del enrejado o parrilla, y, por consecuencia, la corriente en el circuito-placa, es decir, la energía suministrada por la pila P. Una parte de esta energía pasa de la bobina L 2 a la bobina L 1 (que están muy próximas), o sea en circuito oscilante.

Si unimos este circuito oscilante por un lado a una antena y por otro a tierra, habremos realizado un puesto emisor. No hay más órganos complicados.

El generador de lámpara posee aún otras múlti-

ples ventajas. Entre otras, la pureza de su emisión ha permitido el nacimiento de la maga actual: la radiofonía.

Respecto al inventor de tan portentoso milagro, no se puede citar un nombre; hay que hacer constar que el príncipe de la emisión de electrones en un filamento incandescente lo fué Edison. Un poco más tarde,

Fleming construyó la válvula que lleva su nombre. Después, Lee de Forest inventó su trífodo, y ya se sabe el aprovechamiento que de él se hizo para la radiofonía. También es preciso citar a los que hicieron aplicaciones del trífodo: Armstrong, en América; Meisner, en Alemania; Abraham, Brillouin y otros, en Francia...

Institución de un Hospicio para soldados pobres en Madrid, a mediados del siglo XVII

Entre las muchas cosas curiosas que figuran en la *Historia de la Congregación del Ave María, establecida en Madrid desde 1611*, en el capítulo III trata de la institución de un Hospicio para soldados pobres, que se fundó bajo los auspicios del Patriarca de las Indias, y por ser interesantes algunas de las noticias relacionadas con este asunto, las reproducimos a continuación.

El Patriarca de las Indias propuso a la Congregación del Ave María el 28 de junio de 1654 que algunos de sus individuos estudiaran el modo de fundar un Hospicio para soldados pobres, «en el cual fuesen recibidos y sustentados por los días que pareciese, en el interín que evacuaban sus pretensiones, solicitando el breve despacho de ellas los congregantes a quienes se nombrase», pensamiento que fué acogido por los hermanos del Ave María con gran entusiasmo.

El rey Felipe IV, a quien el Patriarca habló del proyecto, ofreció favorecerle, y de acuerdo Su Ilustrísima con los congregantes, buscaron casa para instalar el nuevo Hospicio, ofreciendo el Patriarca pagar 60.000 reales por una que había sido beaterio, situada en la calle del Mesón de Paredes, y anunciando a la Congregación que estaba dispuesto a com-

parla, aunque hubiera que dar más cantidad por adquirirla, cuando supo que ésta daba de comer los tercetos domingos de cada mes a 72 soldados con arreglo a sus estatutos, y que había aumentado tanto el número de los que acudían en busca de comida, que ordinariamente pasaban de trescientos los socorridos.

A su vez, la Congregación del Ave María designó dos de sus individuos que fueran a dar las más expresivas gracias a Su Ilustrísima por su gran celo en pro del Hospicio para los soldados, y para manifestarle que dejaban a su elección cuanto se relacionase con la compra de la casa, puesto que era su voluntad hacerlo a sus expensas, arbitrándose después los medios de atender al mantenimiento de los soldados y buscar el modo de que se despacharan pronto los asuntos con ellos relacionados; y queriendo hacer público su reconocimiento al señor Patriarca de las Indias, le nombró el día 26 de noviembre de 1654 Protector de la Congregación del Ave María.

Tales fueron los comienzos del Hospicio para soldados pobres que existió en Madrid a mediados del siglo XVII, que no tardó en sufrir modificaciones, como puede ver el que guste averiguar cuanto se relaciona con las cosas de tiempos pasados.

GABRIEL M.^a VERGARA.



PAGINA DE ARTE



Estudio por el escultor Paul Dubois de la cabeza de Juana de Arco para la estatua que ha de colocarse en el frontispicio de la Catedral de Reims

LA ASTRONOMIA AL ALCANCE DE TODOS

Desde hace algunos años se han publicado algunas obras cuyo objeto ha sido el poner al alcance de espíritus curiosos, pero poco preparados en cultura científica, la más noble y bella de las ciencias: la Astronomía. De todos estos libros, parece que el más completo, el más sencillo, el más rico y el más claro es el titulado «El Cielo: nueva astronomía pintoresca», recién editado. Ha sido debido al profesor del Instituto Oceanográfico francés, Alfonso Berget, quien se ha asociado para ilustrar la obra con grabados abundantes, exactos y muy ingeniosos—como el que se reproduce aquí—con Luciano Rudaux, astrónomo, hábil dibujante y fotógrafo. Gracias a este libro el cielo se abre a nuestros ojos, ávidos de conocer lo maravilloso, descifrando fácilmente todos los misterios del infinito, que nos hace experimentar ese dulce y enervante entusiasmo que han sentido hombres sabios—sin hablar de los astrónomos—y dedicados a la ciencia.

Uno de los capítulos más originales de este libro es, sin duda alguna, el en que Berget, tratando de



La Luna vista desde la Tierra



La Tierra vista desde la Luna

los instrumentos y métodos de la Astronomía, da después de algunas enseñanzas útiles sobre los grandes observatorios del mundo, preciosos consejos a los «amateurs».

El estudio del cielo no exige, como creen algunos, instrumentos grandes que cuestan millones. Se puede hacer un estudio bastante avanzado con instrumentos de pocas dimensiones y precio relativamente modesto. Con una luneta, cuyo objetivo es de 70 milímetros de abertura, de distancia focal de 0,90 a 1 metro, y que puede aumentar la imagen hasta 150 veces, se pueden hacer serias e interesantes observaciones y estudiar notablemente la superficie de la luna, sus cráteres y sus montañas, o examinar, gracias a la interposición de un vidrio negro en el ocular, las manchas del sol. Su precio actual, con trípode, viene a ser de 800 a 1.000 pesetas. Pero el instrumento recomendable por excelencia para todo observatorio privado es el de una luneta de 110 milímetros de abertura de objetivo, con distancia focal de 1,70 metros, y cuyo aumento es de 250 veces.

Con este aparato, con sus accesorios—de precio aproximado de 2.000 a 2.500 pesetas—, se distinguen los anillos de Saturno, todos los detalles de la superficie de Júpiter, las principales distribuciones geográficas de Marte y sus prominencias glaciales.

DEL DOMINIO

DEL AIRE

LOS AVIONES SIN PILOTO

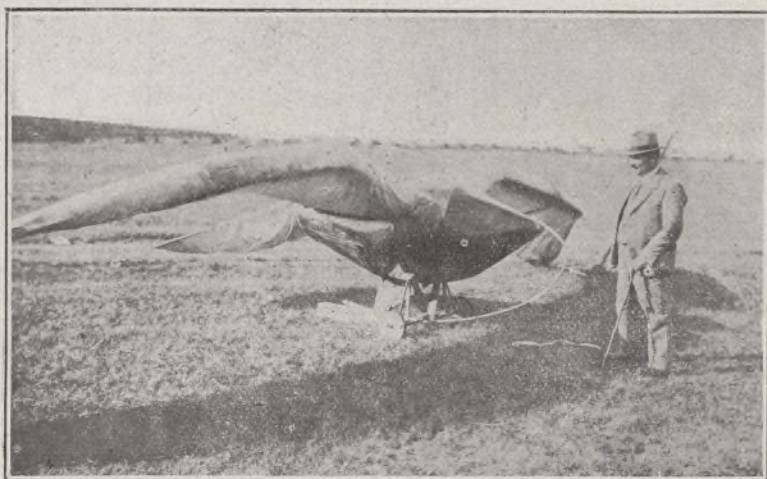
Su importancia para el porvenir

A medida que la altura de un avión aumenta, la resistencia del aire disminuye por la disminución también de la densidad de la atmósfera. Así es que las más grandes velocidades vienen a ser más fáciles con un menor poderío; entran en el dominio de las posibilidades los 300 a 500 kilómetros de velocidad por hora, así como la mayor seguridad en el viaje, que se hace mejor que en las bajas regiones del aire. Tiene en su contra graves dificultades, cuales son la alimentación de los carburadores, dificultades resueltas en parte por la adopción de sistemas especiales, como el turbo-compresor Rateau, y también las presentadas para proteger del frío y de la asfixia a los pilotos y pasajeros.

Y si nos fijamos en la aplicación que pudiera darse, no sólo al avión movido por las ondas eléctricas, sino también en el avión automático, es decir, de estabilidad automática, tan fácil de conducir como un tranvía o una barca de motor, es evidente que significaría un gran progreso a la aviación comercial.

Por otra parte, la mayor seguridad lograda sería otra aplicación inmediata que adoptarían las Compañías de navegación aérea; el piloto desempeñaría así su verdadera función: *ser navegante en su larga carrera aérea*.

Todo este mecanismo automático es susceptible de equipar los más grandes aviones de transporte; el piloto no tendrá que ocuparse de la estabilidad del apa-



He aquí la fotografía de un aparato que no necesita piloto para volar. Fiel a los mandatos que desde tierra recibe el nuevo pájaro, obedece la voluntad del operador que cómodamente le hace evolucionar a su capricho.

Si fuera posible hacer realizables los aviones sin piloto, dirigibles a distancia, se podrían organizar verdaderos *trenes aéreos* para el transporte del correo y de pequeñas mercancías a gran altura. Un solo avión con piloto dirigiría todo un grupo, lo mismo que una locomotora es suficiente para arrastrar numerosos vagones de mercancías.

Así también sería posible, para ciertos trayectos, mandar el convoy con ayuda de puestos emisores de ondas situados en tierra. Uno, por ejemplo, pondría el convoy en marcha, otro le dirigiría a lo largo del trayecto y otro se ocuparía del aterrizaje.

Aviones-ondas con instrumentos de medida y dirigidos igualmente por la T. S. F. podrían ser enviados a muy alta elevación por encima del Atlántico hasta centros de aire de poca presión, que permitirían conocer con más precisión los fenómenos meteorológicos, facilitando, con los datos que se sacaran, aún más la navegación aérea.

rato y podrá dedicarse sólo a los cuidados interiores, como comunicarse con tierra por telefonía o telegrafía, anotar los incidentes de a bordo, etc. Se elevaría su papel de sencillo conductor al de un verdadero científico. La navegación de noche y en tiempo de bruma también sería más fácil y más segura.

Es, en fin, evidente que un avión automático sin piloto, dirigido, no por T. S. F., sino por sencillos movimientos de relojería, regulados en el momento de partir, podría efectuar cortos trayectos en la atmósfera y servir de avión-sonda, como se ha indicado antes.

Examinemos ahora el papel que pudiera desempeñar el avión sin piloto en la aviación militar, papel que pudiera dar algún día una nueva forma a la guerra aérea, desconocida en el curso de la de 1914-1918.

La aviación militar, como se sabe, está actualmente dividida en cuatro secciones bien distintas: aviación de combate, aviación de bombardeo, aviación de

observación y aviación marítima. En estas cuatro secciones, la telemecánica sin hilos puede introducir modificaciones importantes y profundas.

Destruyendo los nudos de comunicación, los centros de avituallamiento, los depósitos de municiones, los refugios del enemigo, y los mismos pueblos, la aviación de bombardeo ha rendido los más útiles servicios y es capaz de jugar un papel tanto político como militar, transformando por su extensión la técnica de la guerra.

Cuando se puedan emplear, para estas misiones, aviones sin piloto agrupados como en los convoyes comerciales, serán preservadas las vidas de los pilotos, no solamente en los combates aéreos, sino también en los accidentes de vuelo y aterrizaje. Sólo los aparatos podrían correr riesgos, y para eso se podrían escoger entre los de tipo medio, cuya pérdida representara lo menos posible.

Como serían suprimidos los equipos, y, por lo tanto, la carga que llevarán los aviones era menos, se podría llevar en cada unidad de bombardeo un peso de explosivos de 600 kilos como minimum. Quedaría abolido todo temor de fatiga del piloto, siendo fácil de multiplicar la frecuencia en los trayectos de los aviones y de vencerse obstáculos tales como la noche, la bruma y la lluvia.

¿Quién es capaz de imaginarse lo que pudiera hacer una escuadra de 200 ó 300 aviones sin piloto, lanzando sus bombas sobre una capital enemiga? Será muy difícil preservarse contra estas máquinas ciegas, que pueden marchar a una gran altura y que vayan

protegidas por un fuselage blindado. Serán una espantosa fuerza de destrucción estas máquinas, sin más cerebros que las dirijan que las ondas emitidas por las pequeñas antenas de la T. S. F.

Sería fácil también colocar en estos aviones aparatos fotográficos y cinematográficos, mandados también por la T. S. F., o por movimientos de relojería precisados en su partida. Fuertemente blindados, podrían volar muy bajos y llevar un dispositivo especial de destrucción, para en caso de descenso forzado, no cayeran los documentos en poder del enemigo.

Se ha de poder conseguir, andando el tiempo, suprimir completamente la aviación de caza con pilotos, aunque es bien complejo reemplazar por un mecanismo la acción inteligente de un «as» famoso de la aviación; pero o bien lanzando verdaderos torpedos aéreos que destruyan los aparatos enemigos con su explosión, o aviones automáticos con maniqués simulados de pilotos, sembrarían el espanto y la muerte en las escuadrillas enemigas.

Lo mismo llegaría a conseguirse con la aviación marítima. Con torpedos dirigidos por ondas eléctricas, escuadrillas de hidroaviones de bombardeo, sin piloto, dirigidas por puestos costeros, se llegarán a destruir gruesas unidades y a hacer imposible la vida en el mar contrario.

Todo esto, que parece más bien producto de una calenturienta imaginación, ya no se discute en los centros técnicos de este progreso científico, y por algunos resultados obtenidos, ya se predice cómo ha de ser la guerra futura, para desdicha de las naciones.

VARIEDADES

Sitiaban los franceses a Zaragoza, y en la magnífica explanada que sirve de margen al canal, en el monte de Torrero, acababan de descargar un gran convoy de pólvora y municiones traído de Villafeliche. Era verano, y a eso de las dos de la tarde se levantó una horrorosa tempestad, de aquellas que en Aragón acostumbra todos los años a devastar los campos y reducir los pueblos a la miseria. Rayos y centellas cruzaban la atmósfera, y el convoy de municiones y todo el pueblo corrían un peligro espantoso si estallaba la electricidad en aquel sitio.

Un sargento de la Guardia entró a hablar al comandante del punto para explicarle el peligro que se corría y ver las precauciones que se podían tomar.

—Un rayo—dijo—acaba de hendir un árbol próximo; ahora mismo, en este instante, o dentro de algunos segundos, puede caer otro en medio de las municiones, y miles de hombres perecerán si no se toma desde luego alguna disposición salvadora.

El comandante pensó un momento lo que debía hacer, y dijo al sargento:

—¿Cuántos centinelas cuidan de la pólvora?

Seis, mi comandante.

—Pues bien; mande usted poner doce, y deles usted de consigna, pena de la vida, que no dejen aproximarse ningún rayo a veinte varas de distancia.

En el sitio de Tetuán cayó un soldado herido, y un capitán que pasaba a su lado se acercó, y no pudo menos de extrañarse al ver que la camisa del soldado era de finísima batista.

—¿Hace mucho que ha llegado usted?

—Ayer, mi capitán; soy un voluntario madrileño.

—Si debo juzgar por su ropa interior, la vida que llevamos debe parecer muy dura a un hombre que ha vivido más en los salones que expuesto a los rigores de la intemperie y a mil privaciones. Porque supongo que con los ocho cuartos de plus...

—Por eso no, mi capitán; pues aun cuando es verdad que recibo del Gobierno ocho cuartos de plus, de mi casa me mandan veinte duros diarios.

Este voluntario sería simplemente hijo de algún banquero, duque o senador.

Arca de Noé

—Mamá, esto no puede ser un arca de Noé: aquí sólo caben unos cuantos bichos, y el Fleury dice...

La madre no sabe qué responder, y el niño piensa en el tamaño que debió tener la verdadera arca para contener una pareja de animales de cada especie. Su pensamiento va intranquilo de una a otra cuestión y, a pesar de que le han dicho que preguntar—sobre todo cuando hay visita—no está bien, no puede contentarse y dice:

—Mamá, ¿y cómo murieron los peces en el diluvio, puesto que siempre viven en el agua?

—No sé, hijo. Cuando venga papá te lo dirá.

El niño sabe que cuando papá viene, no está nunca de humor de satisfacer sus preguntas y que se sienta a leer los periódicos, diciendo antes que se lo lleven a la cocina con sus juguetes. No obstante, nada arguye, pues ha visto en la cara de mamá, que charla de modas con su mejor amiga, un gestecillo de impaciencia.

Tendrá que resolver sus dudas solo. A ver: El arca tendría que ser mucho más grande que una casa, que dos, que un barrio entero. Tendría una pajarera, un establo, un bosque para los leones y los tigres... Pero no; un bosque no pudo ser. Las fieras estarían en jaulas de hierro, como en el jardín de aclimatación. De vez en cuando, Noé sacaría la mano por una ventana y su mujer le preguntaría: «¿Llueve aún?» Y los monos, para imitarle, estarían siempre con las patas fuera recibiendo gotitas de lluvia... Las abejas no podrían hacer su panal por falta de flores, y las mariposas estarían clavadas en las paredes del arca con alfileritos muy finos; los murciélagos irían de un lado a otro, creyéndose que era siempre de noche. ¿Y para comer? ¿Cómo se las arreglarían para no agotar la despensa? Gracias a que estaba la vaca, la maternal vaca, que les daría leche para hacer quesos. Los lirones lo pasarían tan ricamente... En el fondo estarían aquellos animalotes raros que estaban pintados en la Historia Natural de su hermano mayor: el megaterio, el mamut, el diplodocus, el iguanodon, el estogasauro y sabe Dios cuántos bichos más. ¿Habría que ver el arca dando tumbos! ¿Se marearían los ratones? Las hienas se reírían con su humorismo feroz, buscando entre las tablas algún cadáver; las águilas tendrían reuma en las alas; los perros y los gatos habría que tenerlos siempre separados para evitar cuestiones; las serpientes se entretendrían haciendo rúbricas, y las golondrinas, pesarosas de no poder ir a veranear, a riesgo de que las tomaran por gente cursi y pobre, echarían de menos los alambres del telégrafo para posarse en ellos; los pobres burritos descansarían al fin, y...

En este momento de su meditación llega el padre, y la madre le dice:

—Vienes a tiempo: el niño no entiende una cosa del Fleury.

Si no estuviera la amiga de su mujer, la linda amiga que ha charlado toda la tarde de modas y de devociones para dar lugar a que él viniera y poder sonreírle con su sonrisa maligna e incitante, el padre habría dado por respuesta un «¡Bah, bah, bah!» despectivo, o hubiese dicho cruel e inexorablemente: «Este chico siempre ha de andar con tonterías»; pero como ella está allí y su presencia le ilumina el carácter, él padre se vuelve y pregunta al niño entre bondadoso e irónico:

—Vamos a ver: ¿qué es lo que no entiendes? ¿El misterio de la encarnación?

Y el niño, muy serio, responde:

—No; el misterio de la encarnación está bien claro... Lo que no entiendo es esto del arca de Noé.

Paralelos

Entre los animales domésticos, ninguno de tan vigorosa personalidad como el gato. A pesar del largo tiempo de su convivencia con el hombre, nada ha podido la sociabilidad en él. No transige con nuestras costumbres; para devorarnos le falta potencia y tamaño, no deseo; permanece fiel a los ritos herméticos de su casta, y sólo en raras ocasiones se somete a la domesticidad para servir de distracción o de elemento cómico explotable a quien se figura ser su propietario. El perro se posee, el gato, no: casi se puede afirmar que es el señor de la casa, el que tolera a los demás habitantes, haciéndoles pasar por el desdén o por la cólera de su mirar fosforescente.





Sabe cuánto puede esperar de los hombres, y jamás acepta por completo el cariño de ellos ni otorga el suyo. Ama las viviendas, las habitaciones confortables que quizá llena él de visiones para los demás invisibles.

El gato no será nunca ortodoxo, como el perro. ¿Hay quien duda que los perros son incapaces de negar ningún dogma reconocido por la colectividad en donde comen? Carecen de humildad, son reservados, y cuando en las veladas nos sentamos a trabajar cerca de ellos, nos observan en una actitud a la vez cómoda y vigilante. El perro posee la hipocresía transparente del asno, la mansedumbre de la vaca, el espíritu práctico y embrollador de las arañas, la doméstica utilidad del caballo; comprende las cosas vulgares y es fácil a la adopción de nuevas costumbres. El gato tiene la aparente docilidad de las mujeres. Si un desconocido ataca a su dueño, el perro defiende a éste último, porque le ha visto más veces, por haber recibido de él algunas tajadas, algunas caricias, algunos pescozones. El gato piensa: «Son dos enemigos que se despedazan; maíllemos de gozo.» Y, en caso de verse forzado a intervenir, su genio sutil llevaríale a auxiliar al desconocido, de

quien espera el bien y el mal y de quien tiene tiempo de vengarse o de huír.

El perro nace con el signo de vasallaje: sus dientes, que desgarran, no tienen supremacía sobre su lengua adulatora; es más indiscreto que un periódico. El gato, sobre todo esos gatos famélicos de cuerpo tan vibrante, elástico y escurridizo como un misterio, jamás se permiten confianzas: son correctos y recelosos cual un diplomático inglés; fríos como un erudito. Las hoces de sus uñas, siempre apocibadas, se ocultan en la blanda apariencia de las patas. ¿Quién puede descifrar el misterio de sus ojos radiados de oro, y al mismo tiempo fosfóricos y verdes? Cada gato es una esfinge viva. Todo en ellos es educación, pero no esa educación vulgar cuyo fin es tolerar a los demás a cambio de su tolerancia: es una educación científica, un cultivo interior. Ignoran muchas menudencias, pero saben lo fundamental; semejan a esos sabios que no saben penetrar en una sala ni quitarse el sombrero. Engendran a sus hijos sobre el nivel de los hombres, bajo el dosel del firmamento. Poseen en su cuerpo el potente misterio de la electricidad. Son externamente sedosos e internamente ásperos, retráctiles... Díjase, en el aspecto, un tigre visto con unos gemelos de teatro puestos al revés...; pero no sólo es eso, sino algo más terrible: un brujo, una potencia maléfica encarnada. El gato posee una fuerza de desdén, de concepto de la vida, una multitud de secretos o acaso uno sólo, que le haría el más fuerte de los animales—más que el paciente elefante, más que el mamut fabuloso—, a no existir el gusano...



CASOS Y COSAS

Léase la siguiente historieta india, que no deja de dar una lección provechosa:

Vivía en Uyein un Brahma llamado Madava. Dió-le su mujer un hijo, y un día le dejó a su cargo mientras ella iba a hacer sus abluciones. Entre tanto llegó al Brahma un mensaje del rey mandándole practicar el *Parvana Srada* (1).

—No tengo—dijo—a quien dejar cuidando del niño. ¿Qué haré? Pero, ¡ah!, el perro, a quien he querido y tratado largo tiempo como hijo, se quedará aquí y le guardará.

Dejando, pues, al perro con el niño marchó el Brahma, cuando he aquí que asoma una serpiente

negra, acercándose silenciosamente al niño. El perro, fiel, se lanzó sobre ella y la despedazó.

Pero después, viendo a su amo volver, se fué hacia él corriendo con la boca y las uñas chorreando sangre, y se echó a sus pies. El Brahma, al verle en semejante estado, creyendo que había devorado al niño, le mató. Después, al llegar junto a su hijo, le vió tranquilamente dormido, y a su lado, muerta, la serpiente negra. Entonces, mirando al perro su bienhechor, y arrepintiéndose amargamente, experimentó gran dolor.

(1) Ceremonia funeral por sus antecesores.

IDILIO DE PÁJAROS

POR JOAQUÍN DICENTA



Ella era una muchacha rubia, muy rubia, verdadero tipo de soñadora, con los ojos azules, el cutis pálido y los labios entreabiertos, como si tratasen de ofrecer salida a los suspiros de su pena. Porque sufría mucho aquella infeliz víctima de diez y ocho años, que, soñando con un amor todo sensibilidad y delicadeza, se encontró unida, sin quererlo y sin saberlo casi, a un banquero materialote y soez, insolente como una onza y pletórico como las talegas de plata que almacenaba en su caja de caudales.

La boda fué uno de esos contratos brutales que se conciertan a espaldas de la ley, y que la ley sanciona luego tranquilamente. Dolores era hermosa, el banquero rico y los padres de la muchacha pobres y egoístas. El trato se hizo pronto.

—Toma su belleza y abre tu bolsa—dijeron los padres de la niña; y previa la bendición de un clérigo, arrojaron a su hija en los brazos del adinerado traficante.

Aquel abrazo tronchó la existencia de la joven, como troncha la mano grosera del patán una flor delicada, y Dolores se iba muriendo poco a poco, a semejanza de las flores que se marchitan, derramando perfumes que nadie se cuidaba de recoger.

Se iba muriendo, y, avara de encontrar algo bello, armonioso y dulce en derredor suyo, tenía en su gabinete una pajarera, y se pasaba las horas muertas delante de ella, oyendo los trinos de sus canarios, única nota de poesía que vibraba en aquel hogar repleto de lujo y falto de ternura.

¡Cuánto quería a sus compañeros de esclavitud aquella mujer!

Mil veces me detuve yo, su hermano más que su amigo, en el centro de la habitación para contemplar a Dolores, que, puesta en pie delante de su querida jaula, inclinada sobre los alambres y mostrando en su rostro cierta satisfacción melancólica, seguía con ojos curiosos los múltiples y ágiles movimientos de aquellos preciosos animales, que ya saltaban por entre los barrotes de su cárcel, ya esponjaban sus plumas en la bañera de metal, ya elevaban sus dulces trinos al espacio, ya, picoteando los granillos del alpiste esparcidos por el suelo de su vivienda, se perseguían los unos a los otros con un rumor continuo de gorjeos y de alas, alegres en su cautiverio, más alegres aún porque su zambra retozona distraía las angustias y los pesares de su dueña.

En ocasiones, sintiéndome envidioso de los que me ayudaban a endulzar la agonía de aquella hermosa criatura, protestaba de su preferencia por los canarios, y Dolores, volviéndose hacia mí y riendo con la risa amarga y silenciosa propia a los desgraciados, me decía:

—Si supieses lo que valen, no les harías objeto de tu rivalidad. Estos alambres componen el límite de un mundo pequeñito, donde se realizan escenas de ventura como las que yo he soñado en momentos felices, que por ser felices huyeron pronto. Todas estas cabezas menudas, revoltosas, flexibles, donde brillan los ojos como cuentas de azabache dotadas de visualidad, piensan, coordinan ideas, reflexionan, y todos esos corazones diminutos que dan vida y calor al rizado plumaje de sus dueños sienten más hondo que los hombres y saben amar mejor que ellos. ¡No te rías!—gritaba Dolores al ver un gesto de incredulidad en mis labios—. ¡No te rías! Yo he sido testigo presencial de un hecho que prueba hasta qué punto son capaces de sacrificarse por el ser amado estos bicharracos inaguantables, como los llama mi marido.

Y así diciendo, para vencer mis dudas, me refirió cierta noche una historia breve y grande a un tiempo, la cual quiero estampar en letras de molde, como tributo rendido a la memoria de aquella mujer que ya no existe.

Eran dos. La hembra, fina, pequeña, con el plumaje blanquinoso, el pico menudo y las patitas sonrosadas. El macho, más grande, más fuerte, con la cabeza adornada por un moño de color de oro, era un cantor infatigable y un amante rendido y leal.

Siempre estaban juntos. Allí, en lo alto de la pared, construían todos los años un nido chiquitito, como si tuviesen afán de separarse lo menos posible, y vivían felices, como viven los que se aman, como yo he soñado vivir, ¡como ya no viviré nunca!...

Aquella pareja disfrutaba de mi predilección, y, sabedora de ello, mostrábase ufana en pagar mi cariño. Al solo anuncio de mi voz acudían a los barrotes de la jaula, con los picos entreabiertos para darme la bienvenida y recoger, picoteando sobre mis labios, mi saludo.

Un día, el macho, al saltar desde los alambres a uno de los travesaños, lo hizo con tan mala fortuna, que quedó preso en uno de los hierros, oscilando con

angustia, y al tratar de hacer un esfuerzo para incorporarse, se tronchó una pata y cayó al suelo pidiendo tristemente, mientras la hembra, dando vueltas en derredor suyo, le miraba con unos ojos tan tristes, que daban ganas de llorar.

Buscando yo consuelo para la desgracia de mi favorito, llamé al hombre encargado de cuidar los canarios, y él, señalándome la pata del herido, que colgaba casi desprendida, exclamó:

—Hay que cortarla.

—¡No!—grité yo.

—Se le caerá sola—repuso el hombre.

—¡Pues que se le caiga!

Y cogiendo al canario entre mis manos, lo trasladé a otra jaula, y trasladé con él a su compañera de amor y de infortunio.

Al levantarme al día siguiente, vine a este sitio, deseosa de conocer el estado del pobre enfermo. ¿Sabes lo que vi?

Pues vi a la hembra con la pechuga desnuda de plumas; sonrosada y jadeante. Sí, se había arrancado las plumas, una tras otra, durante la noche, y con aquellas partes de su ser había construido un lecho para que reposara de sus torturas el amor de sus amores, el dueño de su corazón.

Y allí estuvo él durante quince días, y allí estuvo la hembra cuidándole con esmero de madre, llevándole en el pico agua para su ser, alimento para su hambre, calor para su cuerpo y consuelo para su desgracia.

Allí estuvo, y al cabo de los quince días salió el canario de su quietud sano y alegre, pagando con himnos sonoros los desvelos de su compañera.



¿Comprendes ahora por qué los quiero tanto?—exclamó Dolores con amargura—. Porque saben amar: a tal extremo, que a los pocos meses murió la hembra, y al día siguiente encontré muerto al macho en el último rincón de la jaula.

—¡Ah!—siguió diciendo Dolores—. ¡Yo también he soñado muchas veces con un cariño semejante! ¡Yo también hubiese arrancado por el ser querido todas, absolutamente todas las fibras de mi alma! Y sin embargo..., ¡ya lo ves!

E inclinó la cabeza sobre su pecho, mientras una lágrima silenciosa rodaba por sus mejillas de azucena.

PARA PASAR EL RATO

La última vez que estuvo el rey Fernando en Cataluña, se notificó a una ciudad de segundo orden que al día siguiente S. M. pasaría a la misma.

El Ayuntamiento, al objeto de recibir dignamente a tan digno huésped, determinó salir a recibirlo en un carro triunfal.

Sin embargo, el tiempo apremiaba; así es que durante toda la noche se trabajó con ahinco para tenerlo dignamente arreglado.

Pocos momentos antes de partir advirtieron con gran disgusto que faltaba lo principal: faltaba un escudo de las armas.

Pero no había tiempo para pintarlo, por la perentoriedad, y ya se determinaba ir en ellas, cuando uno exclama todo alborozado:

—Yo sé unas... Las del estanco nuevo son flamantes, y nos servirán a las mil maravillas.

Corren a buscarlas; y colocadas en la delantera del carro, parten en seguida a buscar al rey.

No se hizo éste aguardar, y al poco rato hacía su entrada en el carro triunfal.

Con todo, es de advertir que con la prisa y atolondramiento no quitaron el rótulo, en el que cualquier hijo de vecino podía leer el consiguiente mote:

Estando nacional.

Resultando con esto convertido en artículo estancado el muy deseado D. Fernando.

Un hombre que empezaba a encanecer se presentó a pedir una gracia a Adriano, y se la negó.

Poco tiempo después, aquel mismo hombre, que se había teñido de negro los cabellos, volvió a pedirle la misma gracia.

Conocióle el emperador, y le dijo:

—Ya se la negué a tu padre.

Alejandro el Grande, cuando daba audiencia, acostumbra, mientras hablaba el acusador, taparse una oreja con la mano; y preguntado por qué lo hacía:

—Es—respondió—porque guardo la otra para el acusado.

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACION)

No consiguió, sin embargo, animarla; no lo consiguieron su esposa ni sus hijas. Pumariega le trajo las «masas» en un plato dorado y el «champagne» en una copa magnífica. Ni así. No mojó siquiera los labios. Entonces el dueño de la casa pareció darse cuenta de su palidez, de su trastorno.

—¿Es verdaderamente grave lo que le ocurre?

Y ya ella se animaba, ya casi se disponía a llamarlo aparte para hablarle del asunto, para explicarle cuanto le pasaba, cuando el timbre de una risa escandalosa la hizo mirar hacia el ldo de donde quel son venía. Pronto se convenció de que no se equivocaba. Jiménez, el gerente del Banco, de su Banco, allí estaba, en un grupo, bebiendo y riéndose sin angustias ni inquietudes. Al lado de Estela la señora de Pumariega comenzó a quejarse de que Iturbe no hubiese venido, y Pumariega le disculpó con cariño.

—No está para fiestas, ya lo sabes.

—Es verdad; poco humor debe de tener el pobre.

Y Pumariega comentó terriblemente:

—Lo que no comprendo es cómo lo tenemos los demás. Sin habernos metido en negocios tan grandes como él, esta crisis nos alcanza a todo. Por lo que a mí respecta, plata, lo que se dice plata, hablando al estilo de nuestra tierra, tal vez no tenga mandar tocar a un ciego...

La palidez de Estela se acentuó de un modo horrible. Ya era inútil hablarle a aquel hombre. ¿Y qué otro podía salvarla? ¿Marzal? ¿Cómo decírselo si también había pretendido que le amase! ¿Cómo, además, con la vida loca que hacía, bucarlo en plazo tan perentorio! No le quedaba otro recurso que tener valor, hablarle a Jiménez. Dió entonces a Pumariega la satisfacción de aceptarle una copa de «champagne», la bebió toda para infundirse ánimos, y tan pronto la música comenzó a suspirar, atrayendo con sus sonos a las hijas del dueño de la casa, empujando a Pumariega de grupo en grupo para formar parejas que

bailasen, hizo señas a Jiménez, quien acudió visiblemente contrariado.

—A sus órdenes, señorita.

—Quisiera que hablásemos de nuestro asunto.

Jiménez calló, mordiéndose el recortado bigote, y la muchacha agregó forzando una sonrisa:



—¿No es sitio? ¿No pueden tratarse estas cuestiones fuera del Banco?

Jiménez volvió a morderse el bigote.

—No sé fingir, señorita—dijo al cabo—. Todo es ya inútil. Dió la casualidad de presentarse su papá en el Banco esta tarde, cuando allí estaba el presidente...

—¿Y lo sabe ya todo?

—Todo, y, además, no paga. Dice que no tiene dinero.

—Pero usted...

—Yo no puedo hacer nada. No pude evitar que se presentase la denuncia.

Salió lívida, temblorosa de horror. Al acercarse a su casa, la casa en la cual aún vivían, pero que ya no era realmente suya, encontró abierta la cancela del jardín. Desde lo alto de la escalinata, adonde daba una de las ventanas del escritorio, vió a su padre, abstraído, abismado. Le pareció que había envejecido años en sólo aquellas horas. Un impulso le vino de abrir la puerta tumultuosamente, de correr hacia él, de echarse a sus plantas y darle el consuelo de verla apesadumbrada por la mala acción, compenetrada intensamente con sus penas... No pudo. Comprendió que le faltaría valor para decirle cosa alguna, para afrontar la mirada severa de aquellos ojos siempre tan dulces para quien así le pagaba, acabando de arruinarlo, de hundirlo, desacreditándolo, haciéndolo objeto de una demanda ante los Tribunales. Tembló entera. Y huyó antes de que la sintiese. Huyó, aterrada, loca, diciéndose:

—¡Y por quién! ¡Por quién!

Por un hombre que la dejaba en aquella angustia, que ni siquiera corría a devolverle el dinero, un dinero que también era suyo y tanta falta le hacía ya. Mas ¿cómo creer que no aceptase el regalo hecho en un instante de soberbia? ¿Cómo esperar otra cosa de un miserable que la engañó tan miserablemente? ¿Cómo, en su ceguera, pudo estar, instantes hacía, tan dispuesta a perdonárselo aún todo? ¿No recordaba cuánto le había contrariado la noticia de que se negó a aceptar plazo alguno por comprometerse a pagarlo con sonrisas amorosas y palabras de amor? Algo más de las palabras y las sonrisas diera, sin duda, porque aquel dinero no se le fuese de las manos y con él la posibilidad de marcharse a su tierra. ¡Oh, cómo lo despreciaba ya, cómo lo odiaba! ¡Cómo se odiaba y se despreciaba a

sí misma por no haber sabido leer más claro en aquel corazón! Daniel no la amó nunca, lo veía ahora bien. No le mintió amor siquiera por el dulce pasatiempo que eso significase en su vida. Otro era el motivo que le llevó hacia ella. Dándose cuenta de su carácter resuelto y capaz de las mayores audacias, la consideró un buen medio de hacer fortuna para unirse a la otra. Ni aun quiso hacerla casándose con ella sin amor, por interés tan sólo. La conoció rica; pero con un amor clavado en el alma y a cuyo servicio la puso. Aquel padre que tenía, tan emprendedor, tan poderoso entonces, y sobre el cual podía ella tanto, bien explotado pudiera ser un tesoro. Y ella misma, que, como sabía, no reparaba en nada para beneficiar a quien de algún modo le interesase, era un tesoro también...

Ya en la calle, lejos de la casa, estas ideas, haciéndola evocar al hombre abatido que allí quedaba, la llevaron a recordar mil cosas: aquel vago desamor que tanto la martirizó de pequeña, la condenación constante de la vida que ella hacía, el no reprenderla al fin, el abandonarse, pero como vencido, protestando en el fondo, a todas horas, contra una libertad a la cual no quiso acostumbrarla nunca. No; no podía amarla como se ama a la hija obediente y sumisa que, si cae en alguna culpa, hará al padre sentirse culpable también, y acaso de toda la caída... Al ver cómo le pagaba los sacrificios que, sin embargo, realizó por ella, tal vez se rebelase ante la idea de aceptar ningún otro. Tal vez dijese a la Policía: «Se ha abusado de mi confianza, pues yo no firmé más que por cien o doscientos pesos; el estafador es mi hija, pero no importa. Pueden buscarla...»

No, eso no. Vió nítidamente a su padre, lo vió como si acabase de surgir delante de ella con su dulzura constante, con el cariño inmenso que le tenía. Pero comprendió que, por lo mismo, no sería capaz de presentarse a él. Comenzó a vagar por las calles. Pensó alejarse incluso del país, no presentarse nunca ante aquel hombre tan bueno, ocultar su vergüenza en algún sitio. Si tuviese dinero se metería aquella noche en un hotel cualquiera; saldría al día siguiente para Montevideo; después, acaso, para Europa. Desgraciadamente, no lo tenía; había vuelto a perder en las carreras los ochocientos pesos ganados durante dos tardes de fortuna. Sólo le quedaba el recurso de

vagar y vagar. No se le ocurría idea alguna a la cual asirse.

De repente se acordó de una amiga de su madre, amiga íntima, que la conoció de pequeña, y supo perdonarle, con gesto compasivo, sus locuras todas. Desgracias de amor la habían llevado a hacerse monja, hermana de la Caridad, y era a la sazón superiora en un hospital de las afueras. Aquella mujer la ampararía, le daría asilo por de pronto, y luego encontraría quizá la manera de volverla al amor de su padre, a quien ahora deseaba ardentemente ver, a cuyas plantas quería arrojarle. Tomó un tranvía. ¡Qué clavadas en ella, con qué atención tan fija las miradas de aquellas gentes! Era tarde. Les intrigaba tal vez lo lujoso de su atavío, ya casi de verano, el verla así por aquella parte modesta de la ciudad. No le apartaban los ojos y sintió un miedo extraño. En la primera parada prefirió bajarse. Se echó a andar. Una calle recta, enorme, la acogió dulcemente; pero la calle parecía no acabar nunca. En torno suyo se hizo al fin un gran silencio, una soledad honda, apenas turbada por el eco medroso de sus pasos, y pronto comenzó a dejar atrás quintas y quintas, sobre cuyas verjas se desflecaban llorando las acacias... La ciudad volvió a surgir con unas calles espléndidas, con las aceras hasta de mosaico. Sin apenas casas en las márgenes, las calles aquellas, con su pavimento admirable y tanta luz como en las suntuosas avenidas del centro, se prolongaban hasta perderse de vista...

Llevaba horas caminando, no sabía cuántas; le dolían los pies, y con su leve abrigo estival comenzaba a sentir, a pesar de la caminata, un poco de frío. No llegaba nunca. ¿Habría equivocado el camino? ¿Sería otra la ruta del hospital? Un barrio pobre, un burgo de casuchas hechas con hoja de lata y maderas viejas, como aquellos que recorría en otro tiempo al lado de Daniel, la tranquilizó. Otras veces que había venido al hospital, en automóvil, vió también el burgo triste.

Sintió pasos y el corazón le latió con violencia. No era nadie; los pasos volvieron a perderse en la noche. Pero después del horrible momento de angustia, la piedad hacia sí misma se mezcló a una indignación que la ahogaba.

—¡Por quién! ¡Por quién me veo en esto!

¿Qué había encontrado en aquel hombre para amarle como le amó? ¿Por qué ella, despreciadora de tantos, se había dado de tal manera a quien menos lo merecía? ¿Cómo, tan celosa de su independencia, fué sometién-dose, abandonándose, hasta renunciar a toda voluntad y ser tan sólo una cosa suya, tan suya como el aire que respiraba y como la sangre de sus venas? ¡Ah! ¡Se le apareció tan triste y tenía ella tales deseos de emplear



en alguna buena obra los tesoros de su ternura! Quiso hacerlo feliz; creyó que le sería fácil con tanto como se le elogiaba la belleza y el concepto que ella tenía de su gran corazón. Cuando supo que no podían casarse le amó más tal vez y confió más en el amor de aquel hombre. A cada momento advertiría la diferencia entre mujer y mujer y su felicidad acaso no hubiera tenido igual sobre el mundo. Pero no; no era eso, le estaba vedada tan dulce obra.

Y la idea de la burla, de la irrisión para que había servido, volvieron a sublevarla. Lejos de sentir ya el dolor del desengaño, sentía tan sólo un violento desprecio hacia sí propia, pensando que tal vez le amó por eso mismo: por esperar, en los fondos recónditos de su conciencia, que le pagase así. Algo, desde los primeros instantes, le hizo considerar el alma de aquel hombre como una cosa inasequible. Esa fué su gran atracción, el viento poderoso que la arrastró a tantos males. ¿Qué otra cosa podía en él seducirla? ¿Qué tenía sobre los infinitos que la hablaron de amor para conseguir tan sólo desdenes y burlas?

¿En qué era superior a ellos? ¡Cuánto daría por poder vengarse! Y la idea de la venganza, de hacerle pagar el daño que le causó, de darle a gustar todas sus amarguras de aquel momento, la dominaba enteramente, la envolvía como una llamarada. Por desgracia, a ella le sería fácil luchar, como pensó hasta entonces, con la mujer a quien debiese la más triste desventura. Podía vencer, alejar su recuerdo, por clavado y firme que estuviese.

Pero ¿cómo luchar contra un sueño dulce y querido?

Unas difusas luces que vió a lo lejos, disminuidas por un alto edificio, como esparcidas por una montaña, interrumpieron su meditación. Allí estaba el hospital, el puerto de refugio, el asilo tranquilo que venía buscando. Llegó rendida, teniendo que apoyarse en los quicios para no caer.

Tardaban en abrirla y se le doblaban las piernas. Cuando por fin, en el pabellón de la portería, se encendió otra luz; cuando le hablaron por detrás de la mirilla de la puerta, el anhelo de venganza ya no ocupaba todo su pensamiento, y contestó a las preguntas con la voz tímida de una mendiga. Le dijeron que la madre superiora ya no era aquella cuyo nombre daba. Suplicó entonces que llamasen a la nueva, y no le hicieron caso. Su traje, como en el tranvía, alarmaba. Era el de una mujer de cierta vida que había hecho algo malo y pretendía ocultarse. Y asustada con la idea de volver a la ciudad, de recorrer de nuevo aquel camino, de vagar no sabía hacia dónde, gimió, violentando su orgullo:

—¡Por caridad!

—Las caridades las entendemos de otra manera y se las hacemos a otra gente.

Una mano adusta cerró la mirilla de cristal que comunicaba la puerta. Y Estela se alejó de allí, aún con los ojos secos, sostenida por una indignación que la erguía soberbia y esplendorosa. Pero al verse fuera del asilo, en aquella soledad, envuelta por la noche negra, bajo la cual podrían matarla sin que nadie acudiese en su socorro, tuvo, clara y terrible, la noción de su desamparo, y comenzó a llorar con desesperación.

A lo lejos clareaba el día.

Daniel, que con un peso terriblemente incómodo en la conciencia, apenas había podido dormir, despertó dispuesto a emprender las necesarias gestiones para la salvación de Itur-

be. Se levantó; ofreció a una agencia la cosecha de su campo; fué a verlo con unos hombres... Casi lloraba al despedirse de aquellos sitios, aceptada la proposición, concertada la venta. El «Payador» le divisó desde lejos. Como dándose cuenta de lo que ocurría, vino cortésmente a despedirle y le acompañó hasta los límites del campo, convencido de que no volverían a verse. Ya allí, perro de país sin tradición feudal, no juzgó digno lamerle las manos; pero pareció quedarse triste.

Cobró Daniel, llevó el dinero al Banco de Jiménez, lo depositó en la cuenta de Iturbe y llegó a su casa poco después de mediodía. Sin almorzar subió a costarse un rato, pensando ir por la tarde a casa de Estela para desagrarla con palabras más felices que las de la víspera. Encendió un cigarrillo, que pronto rodó por la alfombra, y comenzaba a quedarse traspuesto cuando le despertó el abrirse brusco de la puerta y el aparecer tumultuoso de Farfán. Daniel se encogió al verlo, como ante una de esas apariciones medrosas de las pesadillas. Daba miedo realmente aquel semblante desencajado como el de un loco. Tal era la alteración, que sólo por la ropa pudo conocer al individuo.

—¡Tú!

Loco verdaderamente, Farfán se plantó ante la cama, rayados en sangre los ojos, una espuma blanca brillándole en las comisuras de la boca.

—¿Qué es de ella ¿Qué le has hecho? ¿Dónde está?

El otro se incorporó rápidamente, también asustado, con un presagio angustioso.

—¿De quién hablas? ¿De Estela? No sé nada... ¿Qué ocurre?

—Ocurre que estuvo ayer contigo y no ha vuelto a su casa en toda la noche ni se la encuentra por parte alguna... En casa de Pumariega dicen que apareció allí muy disgustada, muy preocupada. ¿Qué le hiciste? ¿Es que la abandonas?

Daniel estaba temiendo que de un instante a otro aquel hombre se arrojase sobre él. Pero volvió a abrirse la puerta.

—¡Don Anselmo!

Don Anselmo Iturbe no entraba con la furia de Farfán. Abatido y triste, se detuvo a pocos pasos de la entrada. Como Estela la noche antes, reparó Daniel en que había enve-

(Continuará)